

L

Biblioteca Mignon

Roberto Bracco.

# En el Mundo de las Mujeres

(Conversaciones feministas.)

Traducción de Carmen de Burgos  
(Colombine)

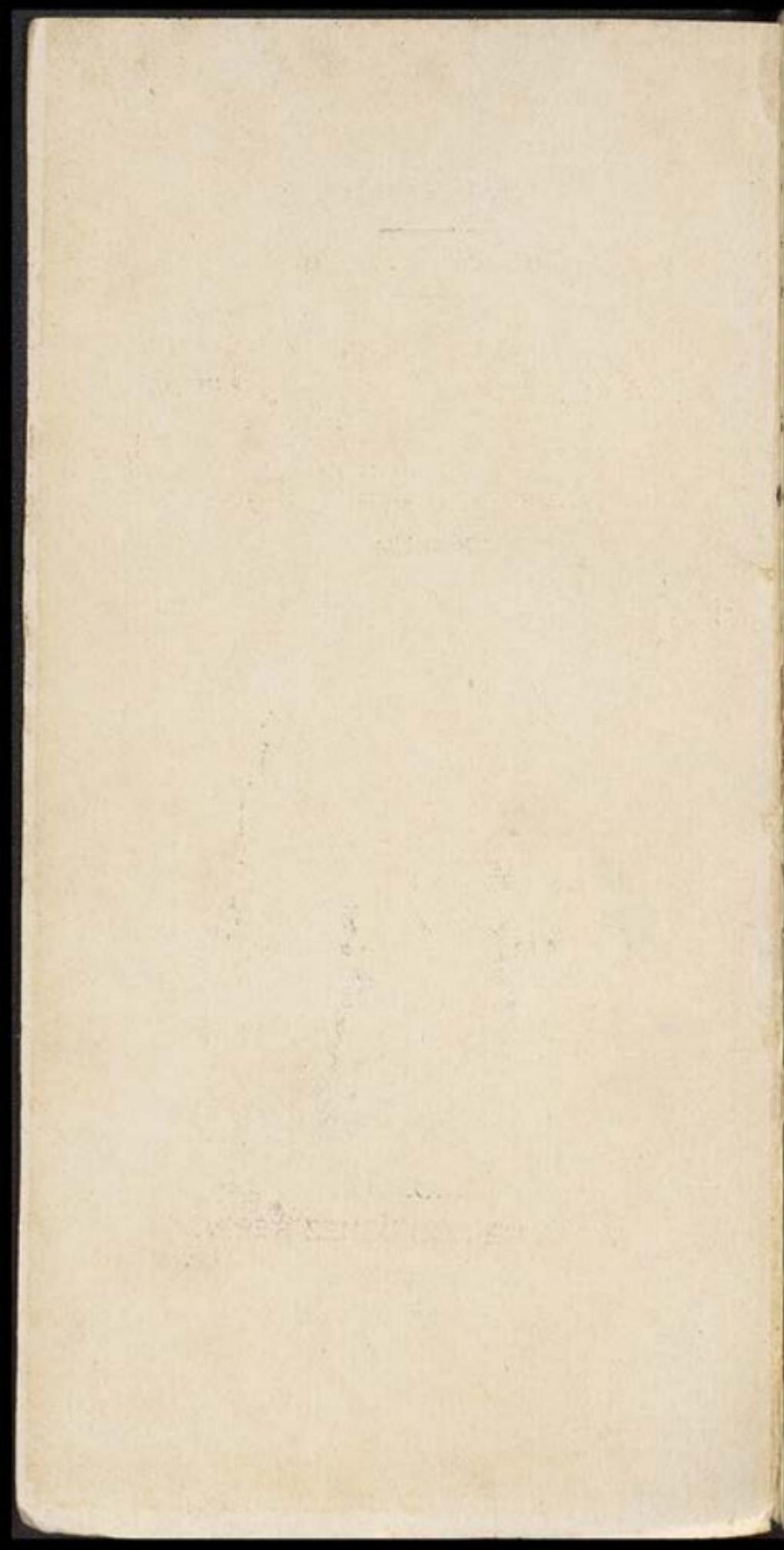


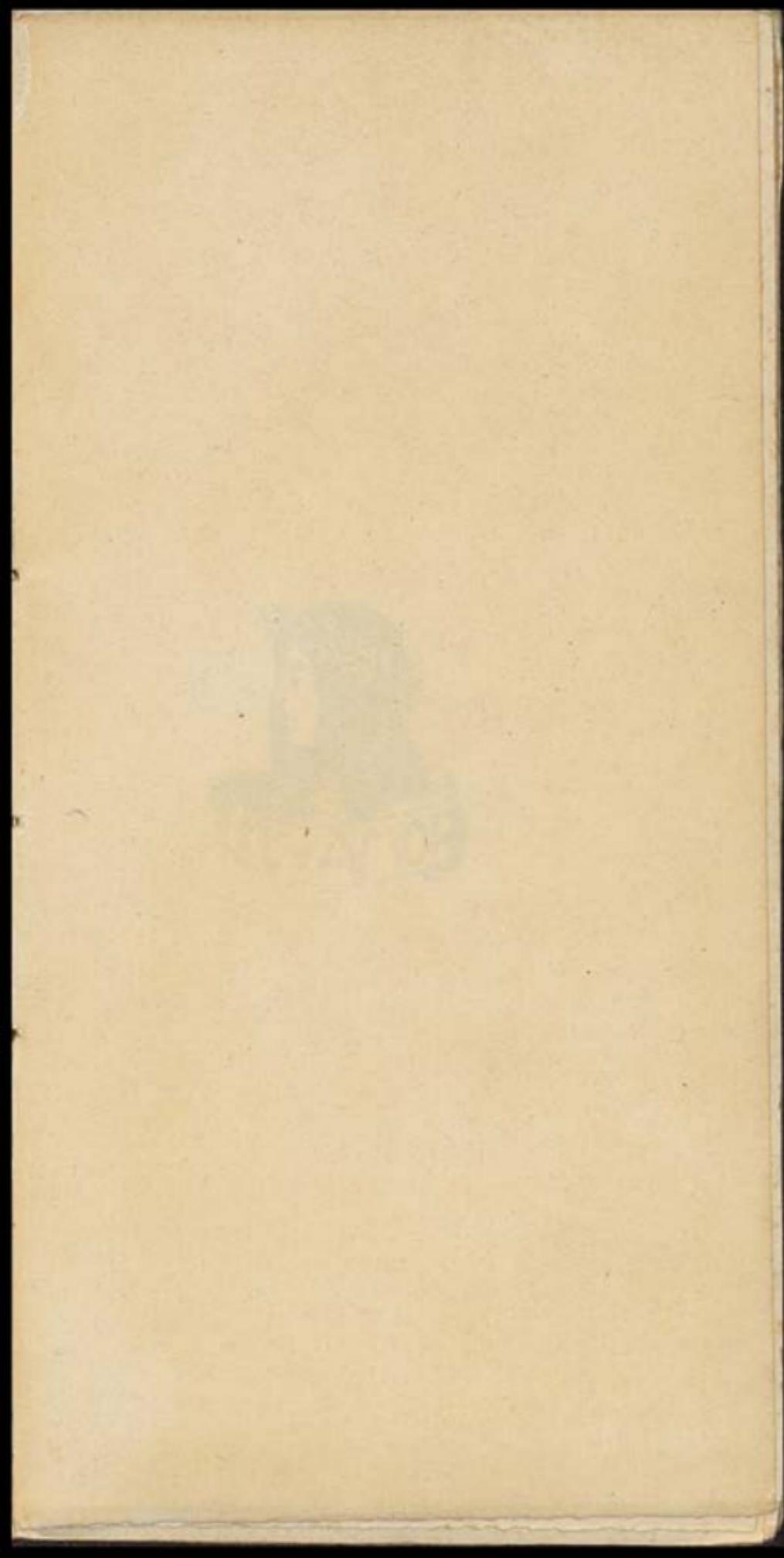
MADRID

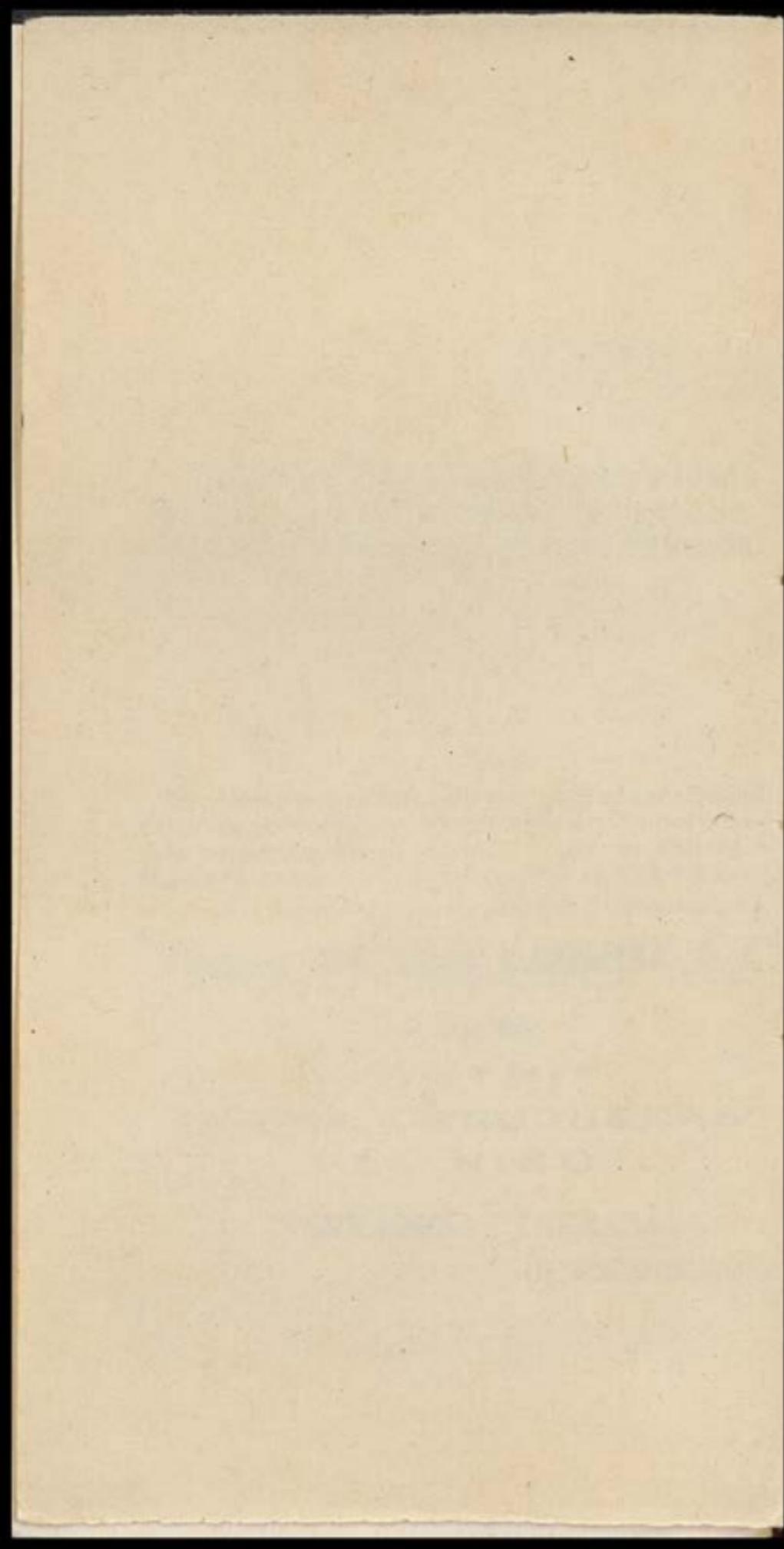
VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA

Salud, núm. 19

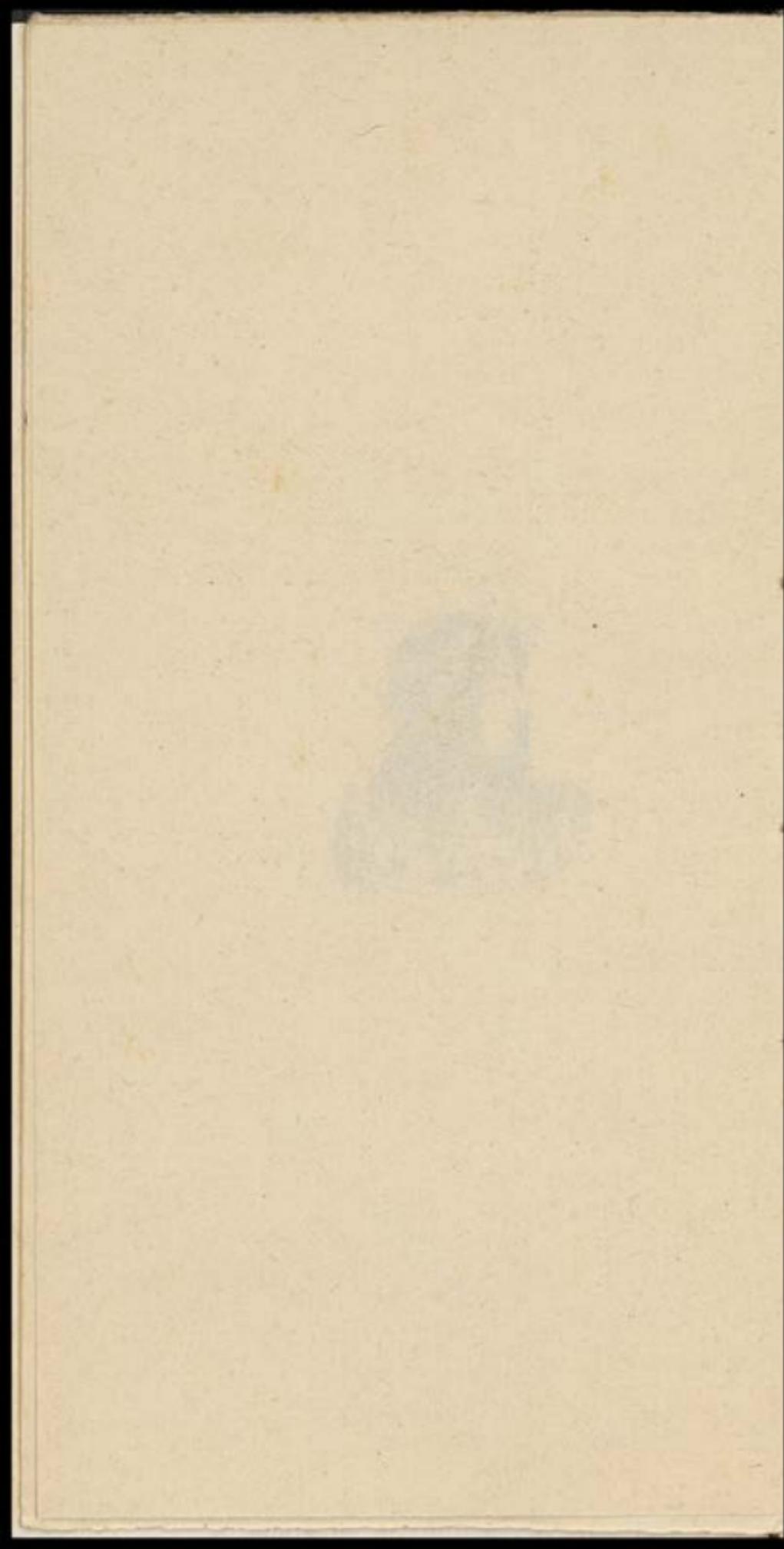
1906











EN EL MUNDO DE LAS MUJERES

LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

---

Imp. de A. Marzo. Madrid.

L.

*Biblioteca Mignon.*

—  
ROBERTO BRACCO  
—

# En el Mundo de las Mujeres

(Conversaciones feministas.)

---

TRADUCCIÓN DE

**CARMEN DE BURGOS**

(COLOMBINE)

---

Dibujos de A. L. Brime.

---

MADRID

VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA

Salud, número 19.

---

1906

GOBIERNO DE PARAGUAY

En el Mundo de las Artes

(Instrucciones Artísticas)

CARMELO DE BURRO

(Autor)

Impreso en el

MUNICIPIO

DE LA CIUDAD DE ASUNCIÓN

EN EL AÑO DE 1900

1900

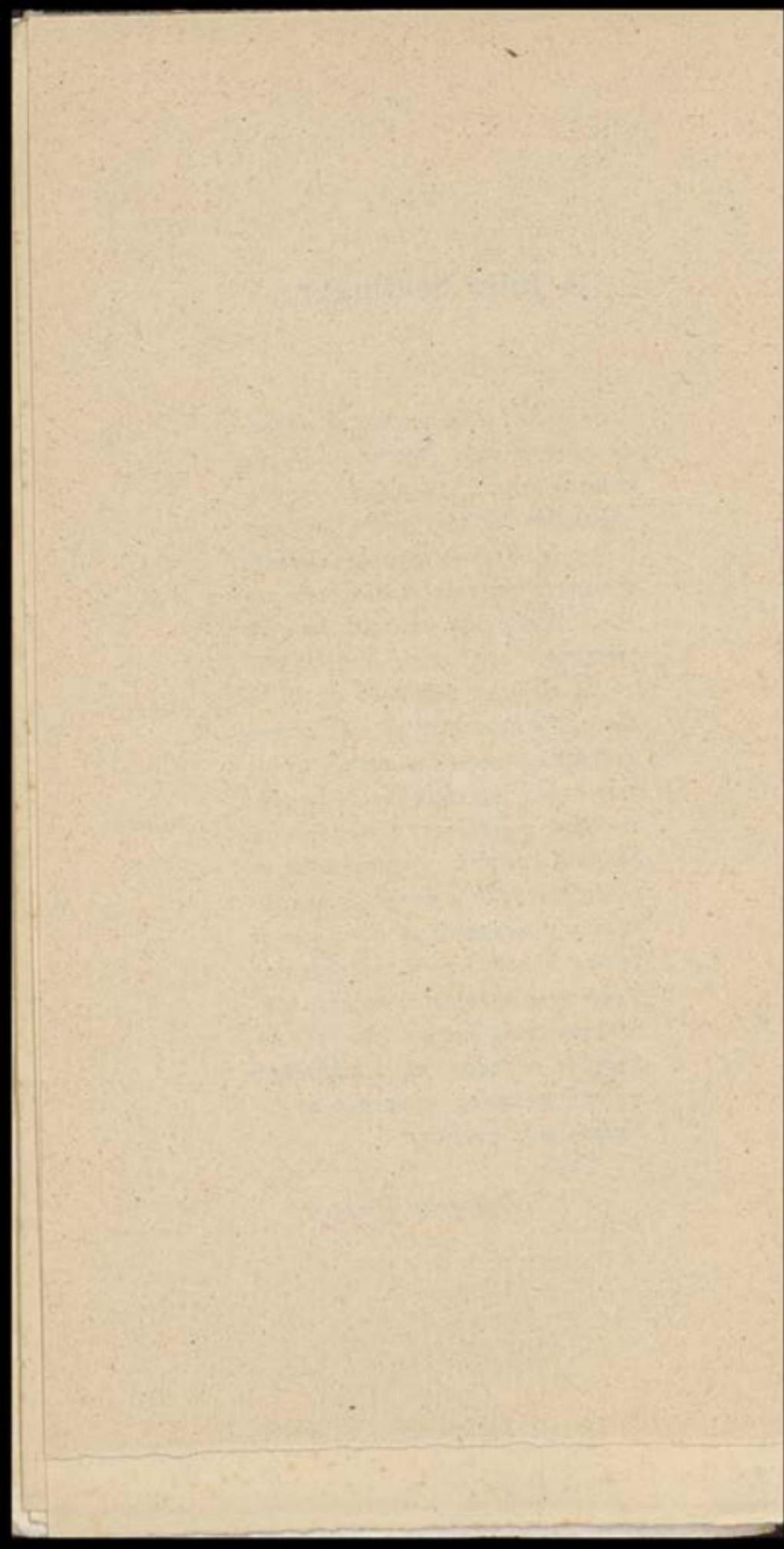
## A Julio Scalinger.

*Querido Julio:*

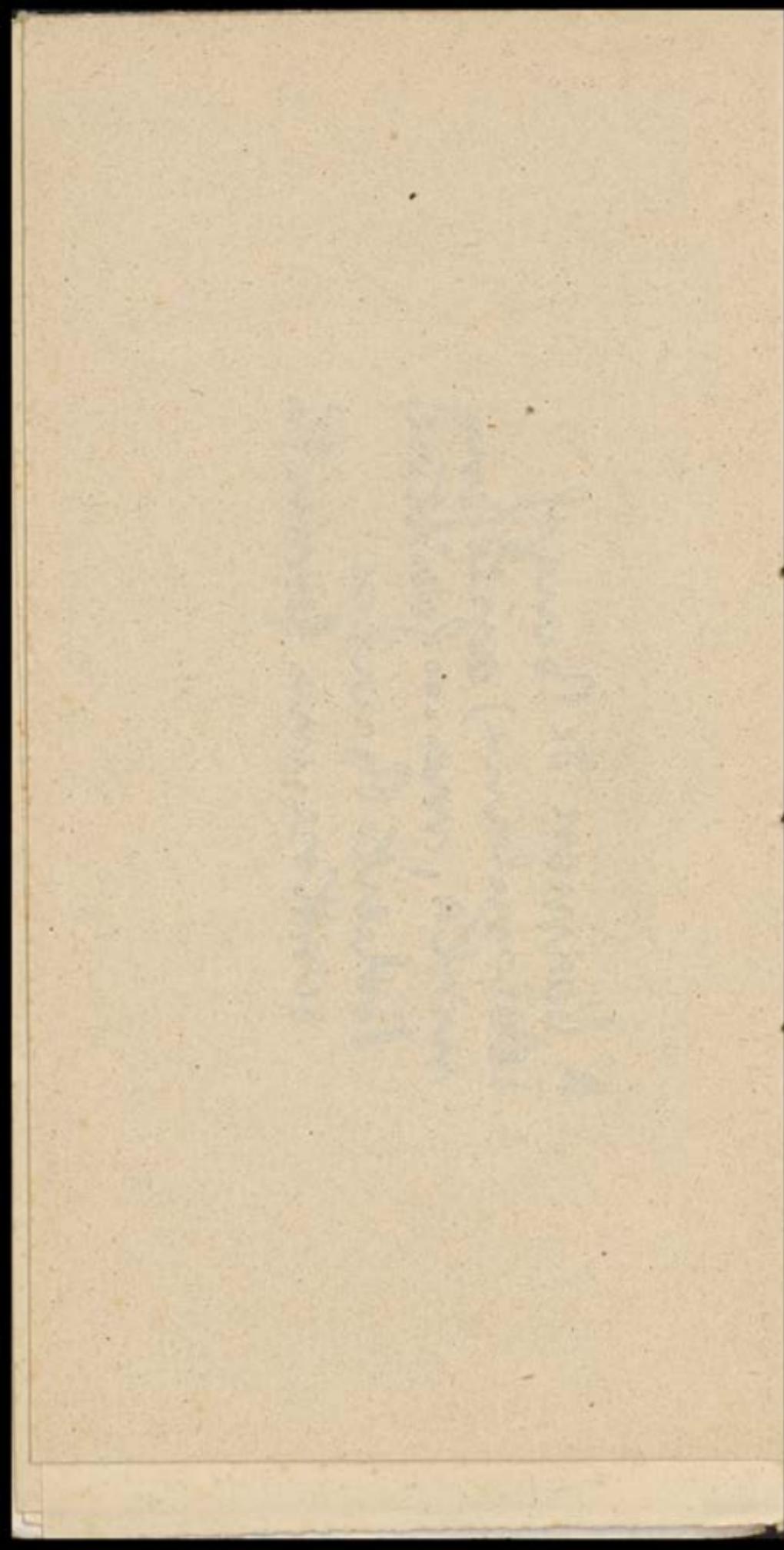
*Te dedico este librito que no tiene ningún valor literario, ningún valor de arte. Tú —artista, literato, nobilísimo crítico, entre los más cultos de Italia— tendrías derecho á rechazarle; pero sé de cierto que no lo harás. La cortesía ha sido siempre la sonrisa de tu bella prosa, la elegante vestidura de tu indiscutible autoridad de juez sereno que tantas veces me animó en los momentos más difíciles de mi vida artística, y esta vez, sometido á tu habitual cortesía, seguramente no considerarás la pobreza de la oferta mía y acogerás el libro que te dedico, el cual no es más que una sincera manifestación de mi temperamento de hombre. No lo coloques, te lo ruego, en tu biblioteca, colócalo entre los recuerdos de tus amigos más queridos.*

*Tuyo,*

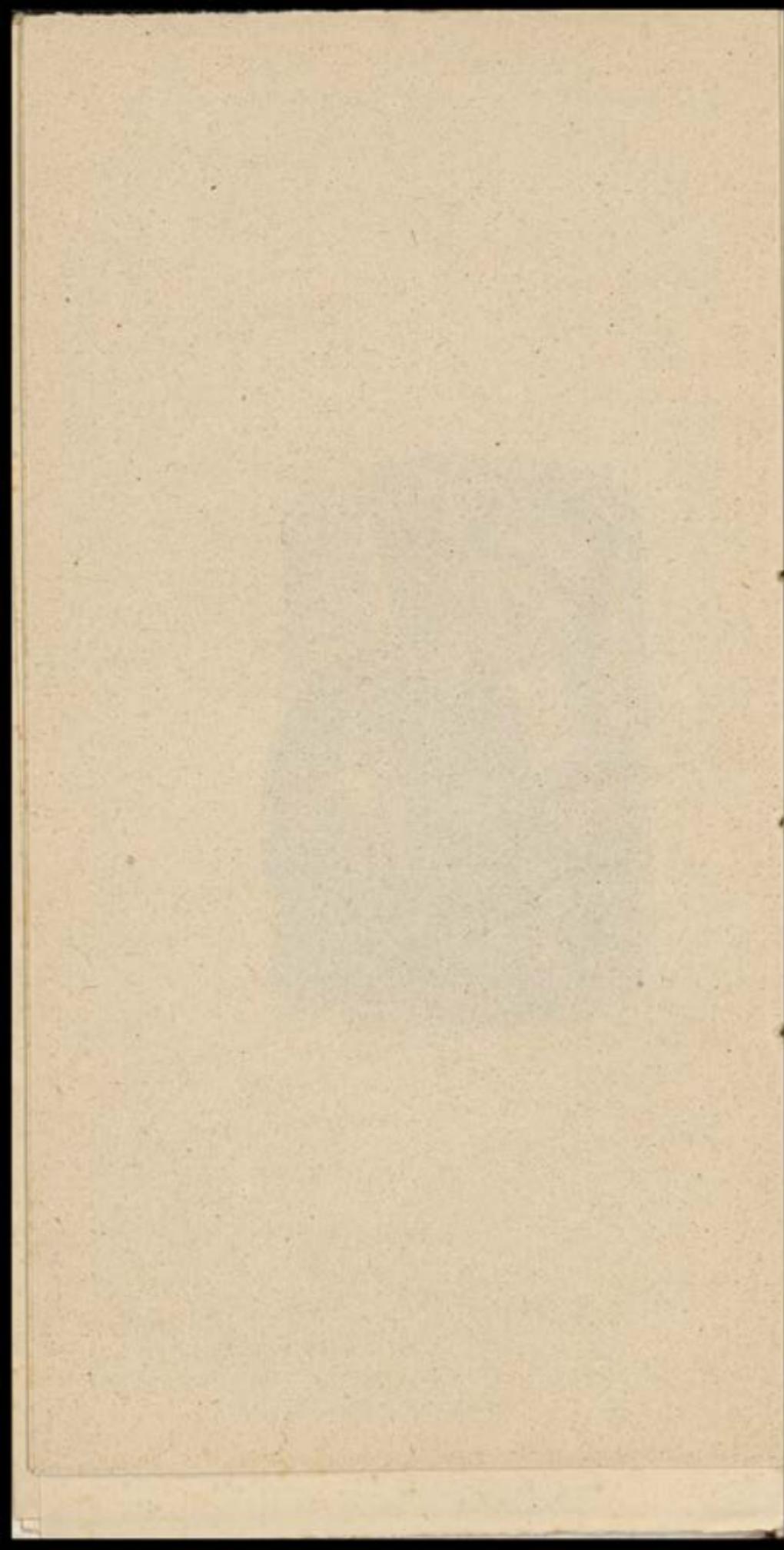
*Roberto Bracco.*



a Carmen de Burgos  
(Colombine) antifemi-  
nista, ma... scrittrice,  
Roberto Bacco  
scrittore, ma femminista



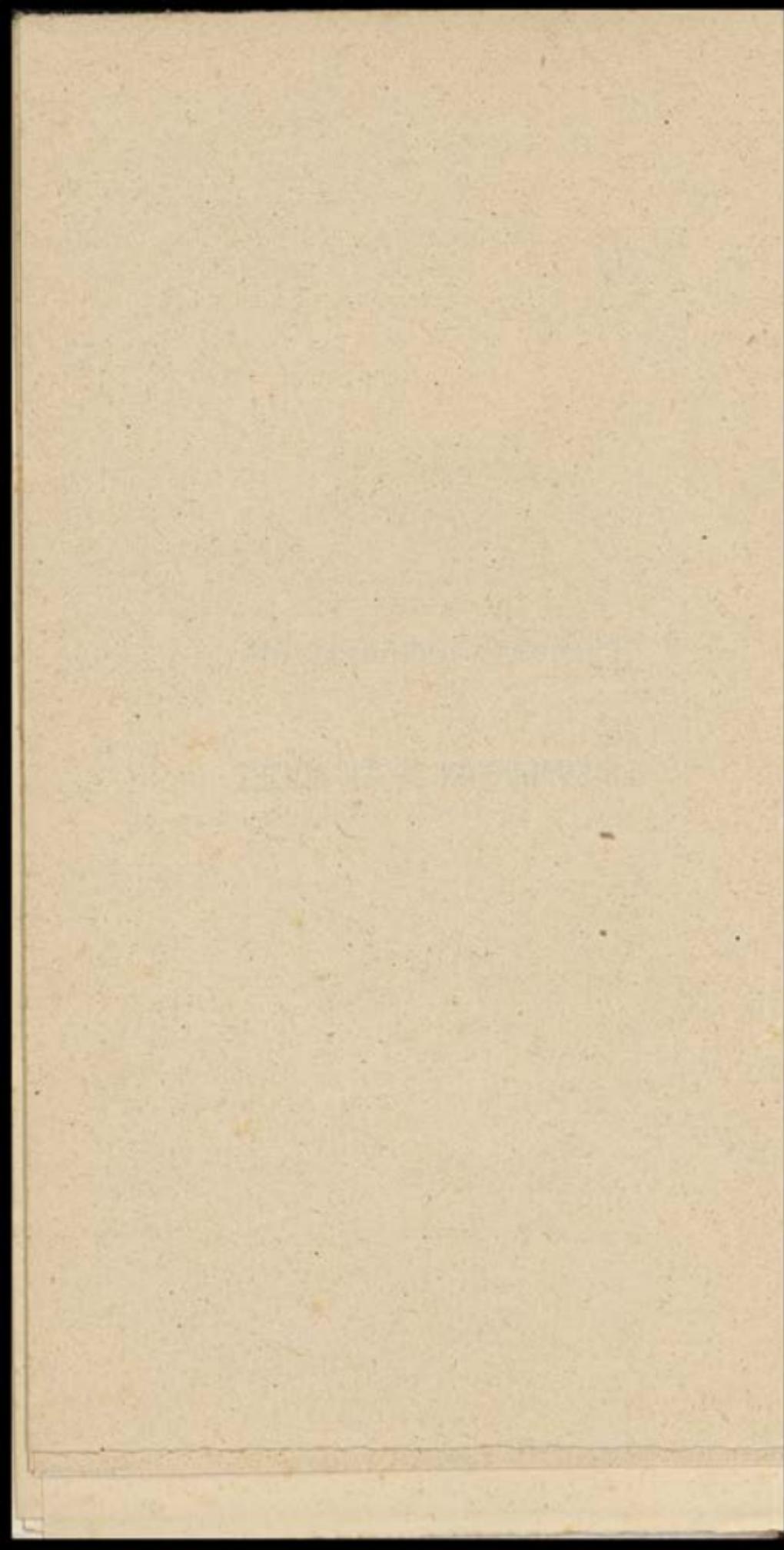


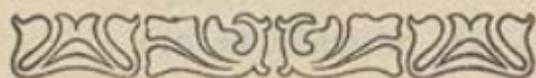


PRIMERA CONVERSACIÓN

—

LA EVOLUCIÓN DE LA MUJER





Quizas para no incurrir en los inconvenientes de una disertación erizada de espinas, hablando de la mujer y de sus evoluciones, podría limitarme á presentaros los cuadritos que la caricatura ha esbozado y completó la sátira.

Cuadrito número uno: la mujer sujeta el botón tradicional á cualquier prenda de la indumentaria del hombre. Esta función se ha considerado por mucho tiempo como el símbolo del matrimonio, no elegante, pero honesto. Esta humilde acción práctica significaba la utilidad de la mujer. Pero he aquí que el cuadrito número dos contiene la evolución consiguiente: La misma mujer sujeta otro botón. O, mejor, el botón es ei

mismo, pero el hombre es distinto. Estamos ya en la infidelidad conyugal. Sino que el marido de la infiel es también infidelísimo, y los cuadros de su infidelidad no pueden enumerarse de tanto como se multiplican. En cierto lugar se distingue un cuadro alegórico que representa la traición muy castigada y el traidor impune. Después la pinacoteca entra en el campo de la profecía.

Reacción, cataclismo social y visiones de un porvenir hipotético en el cual todo estará invertido. Las mujeres con los calzones y el *redingote*, serán médicos, abogados, notarios, diputados, ministros y hasta desnuda-pueblos; el hombre con faldas tendrá que hacer la limpieza, la comida de los niños y alimentarlos, con la ayuda, naturalmente indispensable, del *biberón*. La inversión de los dos sexos con todos los corolarios imaginables es de un efecto seguro y se llega por ella á las más disparatadas conclusiones. Si un biberón se echa á perder, el

hombre, que debe ser nodriza, se encuentra en grave embarazo, y de aquí se deduce en seguida que es



mejor dejar el mundo como está; la mujer en la casa y el hombre... para todo un poco. Si, por el contrario, el obstáculo mayor para la inversión consiste en el hecho de que la mujer... no tiene la barba del hombre, observa inmediatamente que en cam-

bio el hombre no tiene el cabello de la mujer, y el obstáculo desaparece. Todo esto es muy Grevin y muy



Gavarny y muy Caran d'Ache; todo esto es el *vaudeville* que divierte, y no el estudio de un problema. La mujer y su evolución, próxima ó le-

jana, constituyen un problema bastante complicado que la caricatura no distingue y que la sátira no resuelve. Cuál ha sido el pasado de la mujer ya se ha dicho; cuál es hoy su situación lo vemos (y lo veo, sobre todo, figurándome á mis bellas lectoras en su *boudoir* con este librito entre las deliciosas manos y un poco de fastidio en los entornados ojos). Pero, ¿qué será la mujer mañana, cuando haya transcurrido otro siglo? Esto que nos preguntamos con alguna preocupación, hace sonreír. (Es raro, pero innegable. Nosotros, míseros mortales, nos preocupamos mucho de lo futuro y hasta nos afanamos por preparar un estado mejor á nuestros descendientes, como si pudieran devolvernos el servicio. Esto significa una fuerza que en el enigma de la vida, abstracción hecha del convencimiento adquirido, representa el instinto de la eternidad espiritual á través de la eternidad del tiempo.)

¿De qué evoluciones será aún sus-

ceptible la mujer? ¿Qué evoluciones le serán impuestas ó propuestas ó le serán asequibles y necesarias, para el natural desenvolvimiento de la especie humana? En otros términos, ¿cuál de las dos corrientes que serpentean hoy por el mundo civilizado, en este período que nosotros creemos de transición, acabará por prevalecer? ¿Cuál de ellas se convertirá en arroyuelo fácil de vadear, y y cuál se tornará en Océano? ¿O quizás llegará un día en que las dos corrientes se encuentren y por el surco que tracen los siglos, caminarán juntas, confundiéndose en una sola, en la recta vía de la perfección?

Las dos corrientes son hoy bien distintas y bien visibles. Esta acoge el espíritu de independencia femenina con toda la rebelión y la emancipación, tendiendo á afirmarlo, á hacer real, concreto, inacabable el derecho de la mujer y crearle definitivamente condiciones de existencia iguales á las del hombre: aquélla es la denegación de todos estos dere-

chos ó de los más trascendentales, y casi tiende á relegar á la mujer del pasado, refrenando sus ímpetus y las necesidades de conquista, y manteniendo el grado jerárquico de su diversidad é inferioridad respecto del hombre. Por la ley natural de la polarización, se comprende cómo deben acentuarse ahora en dirección opuesta el feminismo y el antifeminismo que se desenvuelven en otro concepto paralelamente á dos movimientos, á dos tendencias más amplias y más complejas. La una es la tendencia democrática, cuyo carácter dominante es la necesidad económica y cuya fuerza encuentra alimento en la importancia y en la educación cristiana del dolor humano; y va hasta el sueño purísimo del socialismo; la otra es la tendencia aristocrática, que tiende indiscutible é inexorablemente al egoísmo ó el egotismo; esta fuerza encuentra alimento, por una parte, en la interpretación arbitraria de las ciencias positivas y del pensamiento positivista

de Spencer, de Ardigó y un poco en las ambiciones estéticas reveladoras de espectros vanos en el cementerio de la belleza pagana, y pasando por el culto del *edonismo* que proclama el imperio del placer, y por la doctrina del que desprecia el dolor glorificando lo *útil* individual, se llega á la famosa teoría del superhombre; cosa bella y grande como concepción poética; cosa audaz como concepción filosófica, cosa estúpida como concepción social.

Que el movimiento del feminismo y del antifeminismo son como dos indicios de las dos tendencias divergentes de la moderna civilización es evidentísimo. Podemos imaginarnos plásticamente esta antítesis como dos montes cuyas bases reposan sobre la faz opuesta de un disco colosal y sobre cuyos vértices, cada día más elevados, cada día más lejanos, se agitan al viento las dos antagonicas banderas. Bajo una de esas banderas veremos absorto como un asceta de otros tiempos, fuerte

como un viejo mástil, impávido, inmóvil, con su aspecto virilmente sereno de Moisés miguelangelesco, casi ignorante de encontrarse entre los apóstoles del feminismo, y todo lleno de la más mística idealidad á León Tolstoi; y cerca de él veremos el fantasma de Zola en su último esfuerzo dedicado á inventariar las plagas de la feminilidad francesa, y veremos á Bebel intentando pesar el cerebro de la mujer para darnos el código de su desenvolvimiento, en el engranaje ideal de la humana fraternidad. Y bajo el otro estandarte, en medio de una multitud varia de estetas, flácidos y asqueantes y también algunos vigorosos y audaces patrocinadores del sistema jerárquico y de convencidos *seleccionistas*, contemplaremos el encantador de Weimar, el evocador quimérico del paganismo, el alquimista de la asendereada moralidad que debía engendrar el hombre nuevo del dominio, el intérprete hiperbólico de la idea de ambición dominadora, atri-

buída á Platón en una densa página célebre, á Cálicles, adversario de Sócrates; veríamos, en suma, al abolicionista de la religión del dolor, al abolicionista de la moral piadosa, al abolicionista de la voluntad de la mujer. El muy citado Zarathustra—cuyas enseñanzas, reducidas á píldoras, han aparecido durante muchos años en las columnas de los periódicos y en la sección de *Hechos varios*, ó como *última palabra* de las pequeñeces amenas—afirma, con admirable desenvoltura, que la felicidad del hombre se llama *yo quiero* y la felicidad de la mujer se llama *él lo quiere*. Esta afirmación inexacta y tendenciosa desde ahora lanzada á los cuatro vientos, vale todo un programa antifeminista.

Señoras mías, rogad todas, si la indulgencia os lo aconseja, por el alma de Federico Nietzsche, dos veces muerto; pero estad en guardia contra la más popular personificación de su filosofía, contra aquel ilustre vidente de Zarathustra que

vive y vivirá aún en el libro difundiéndose en torno á vosotras su verbo hostil.

La filosofía nietzschiana—especie ésta vulgarizada con mala intención—es tanto más insidiosa para el bello sexo, cuanto que algunas veces tiene casi un tono lisonjero y trata de adular el fondo de la femineidad para después destilar como gotas de esencia debilitante, las razones necesarias de la destrucción. «Observad—dice en cierto modo el emperrado antifeminista, disipado en la adoración de Venus y de Psiquis—; observad que mientras la mujer se afana en el desenvolvimiento del progreso, mientras se desvela implorando derechos que hace poco tiempo no creía tener; mientras se fatiga por obtener aquello que le parece una redención, sucede precisamente lo contrario. Retrocede, se agota, se marchita, pierde su influencia que consiste en la fascinación del sexo: su evolución es regresiva, porque se vuelve menos mujer».

Y si en esto consistiese la enseñanza de Zarathustra, la hostilidad estaría muy bien disimulada y serviría como forma ilusoria de una sofisticada propaganda para la alta rein-



tegración puramente femenina. Pero Zarathustra es más radical y más explícito de suyo. Según él, la mujer es un ser inferior que debe sujetarse á la ley de la desigualdad de los dos sexos. Según él, la mujer nace para

obedecer y para dar alma y cuerpo al hombre, como un esclavo á su dueño; para ofrecer su propia vida en holocausto sobre el ara de la virilidad; para esperar en casa al luchador cansado, victorioso ó vencido. Y como si este concepto de inferioridad no denigrase bastante á la mujer y no agotase bastante su energía, la ciencia del vidente afirma que el hombre está pronto á desafiarla, á no concederle nada, á no transigir; desconoce en él toda consistencia y toda profundidad espiritual y observa que logran vencerlo la gracia, la ligereza, la coquetería, la mentira espiritual y fascinadora; la humildad picaresca é insinuante; aquellas mismas elasticidades, aquellas mismas uñas con que la gata más aristocrática y más fina no pierde nada de su carácter rapaz.

Finalmente, al excluir de su existencia cualquier ejercicio y cualquier culto, aptos para vigorizar el cuerpo y excitar el intelecto, la relega á la función única, dolorosa, in-

evitable de la maternidad..., sin la cual, por otra parte, no habría modo de construir el superhombre.

Se sostiene por esto que Federico Nietzsche no fué un antifeminista de pura sangre; recuerda cómo él, amando, había sabido librar el amor del elemento sensual y patológico, y sentirlo con una ternura libre de todo deseo egoísta. Su buena hermana cuenta que toda inclinación de él hacia una persona del otro sexo, por más que ésta fuera encantadora, se resolvía siempre en una dulce y leal amistad... Y bien... tanto peor para él... Todo eso no demuestra que no fuese un antifeminista; demuestra á lo sumo que fué un... incompetente.

Pero no es de las circunstancias íntimas de su vida de donde debemos sacar la *errata corrige*, sino de su pensamiento divulgado. Tal pensamiento es la exposición de todo un orden de ideas modernas que su oca genialidad de frenético apóstol de la nueva oligarquía ha elevado á

la dignidad filosófica. Esto es lo que sabemos. Esto es lo que consta. Lo demás no. Procuremos ó finjamos creer de buena fe lo que está más ó menos en el orden de las ideas nietzschianas, y de ello descartemos todo lo que más abiertamente es ó parece una hostilidad contra el incremento social de la mujer; descartemos todo lo que es ó parece una prudente precaución en el hombre amenazado en sus privilegios. Por exceso de condescendencia, finjamos ver sólo la parte bella de este orden de ideas, la parte que parece más noble, la que más fácilmente convence, y que de seguro debe ser también la más laboriosa é indómita del progreso femenino.

Descender del altar sagrado del amor; renunciar á la aureola del eterno femenino, al cual Goethe presta en un caso místico la expresión paradisiaca, cuando Margarita ha obtenido de la Virgen la salvación de Fausto; renunciar á la aureola del sublime martirio de la mater-

nidad, continuación de la especie, continuación de la vida, continuación del mundo, transfiguración material del infinito: he aquí el pensamiento que más puede asustar á una mujer: he aquí el miedo que puede detenerla en el camino: he aquí el fantasma que puede ahogar el grito de su decisión: «Quiero mis alas de ángel, quiero sostenerme sobre mi altar; y si para ser madre, ángel y diosa, es necesario el sacrificio de todo otro derecho, estoy pronta á consumarlo; si para ser reina es preciso ser esclava, ponédme la cadena al pie: vosotros mandáis, y yo obedezco.»

Pero no lanzar aún este grito, queridas mujeres, y para entendernos un poco, especifiquemos. El hombre—admitamos siempre su buena fe—dice á la mujer: «Si tú te entrometes en mis negocios y profesiones, si tú ejercitas mis mismos derechos y quieres lo que quiero yo, acabarás por semejarte demasiado á mí, y perderás todos los encantos

por los cuales me gustas, me enamoras y me esclavizas; tú puedes ser mi consuelo, mi reposo, mi trozo de



cielo y mi lugar de Eliseo; porque sólo tú puedes darme la alegría y el orgullo de la paternidad.»

¡Muy bien! Este es un discurso

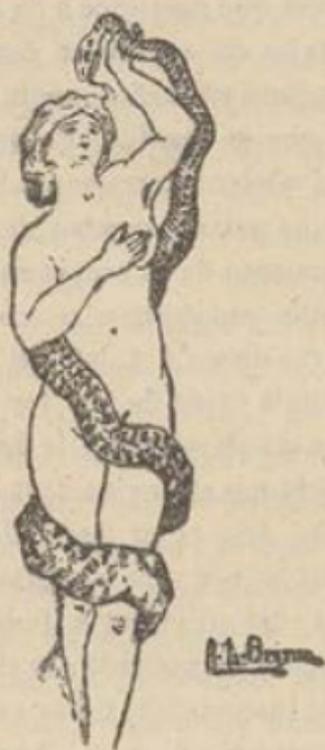
bello que contiene consideraciones no dignas de desprecio. Pero ¿qué supone este discurso?; ó mejor dicho: ¿qué cosa debe presuponer?

Debe significar en el hombre una perfecta potencialidad amorosa, una moralísima concepción de la vida, una completa pureza de sentimientos y de sensaciones, un verdadero instinto de monogamia; debe suponer en el hombre la fuerza directora de una sociedad justa, fuerte y sanamente fecunda. ¿Responde á la realidad una tal presunción? Evidentemente, no. ¿Entonces...? Entonces, al discurso del hombre que ruega y exige la reintegración puramente femenina de la mujer, le falta el elemento efectivo, y se traduce en un engaño, en una pesadilla enorme; se traduce en un contrato bilateral, en el cual la firma de uno de los contratantes es falsa.

La total reintegración femenina no se puede honradamente pretender ni rogar con sinceridad, sin que la sociedad no se haya librado pri-

mero de la corrupción que ha venido á ser organismo moral, organismo material, organismo fisiológico; hasta que la sociedad no haya, por decirlo así, reconstruído al hombre de manera que garantice á la mujer las ventajas de esa misma feminilidad absoluta y benéfica que le aconseja y que le suplica. Porque, es claro, si nosotros cerramos á la mujer de una parte el camino del desenvolvimiento de su propia energía, donde ella espera igualar sus derechos y sus deberes á los del hombre, bajo la égida de una ley escrita; si, en pocas palabras, de una parte le cerramos el camino de la emancipación, que es el de la defensa personal, y por otra le negamos la entrada del privilegio femenino, protegido y garantizado por el amor, y por la maternidad, típica garantía de la monogamia y del bienestar, garantizado en el reconocimiento de la adoración masculina, no les resta á ellas más que el peligro, la debilidad y la miseria de la salvada femi-

nilidad. Unico medio de vida, obtener lo que la sociedad le niega. Y he aquí el disimulo, la seducción, la hipocresía, la atrofia de las hermosas facultades del sentimiento,



que son su venganza y su carrera. Su carrera especialmente, en lo que toca á la respetabilidad artificial del matrimonio codificado y descende

á su nivel ínfimo en la deslumbradora procesión de las palabras modernas, celebrando las fiestas lúbricas en honor de un numen que parece modelado por Mefistófeles con fango de la calle.

Como se ve, aunque la mujer sea exclusiva é intrínsecamente mujer, según los principios aristocráticos y los preceptos jerárquicos, en los cuales se inspira el programa opuesto al feminismo, precisa, ante todo, hacer lo contrario de lo que su doctrina sugiere, se necesita invertir esta doctrina y eliminar el culto del placer, moderar el fácil predominio del hombre. La finalidad de ese programa está en evidente contradicción con la mitad de lo que expone.

Esa contradicción denuncia la paradoja, y la paradoja—decía Víctor-Hugo—es aquel lado de la luna que no se ve. El hombre de aquel programa exige que la mujer *sea muy mujer*. El lado que no se ve es que el hombre, sencillamente por su condición de hombre, es corruptor, y

mientras él sea corruptor, la mujer por conservarse muy mujer, deberá ser su víctima.

(Si algún hombre tiene bajo su mirada este librito y siente el deseo de silbarme, hágalo sin cumplimientos.. Recuerde que un actor dramático no excluye jamás de su balance presuntivo el probable introito de los silbidos.)

En cuanto á la objeción de toda la humanidad masculina y aun quizás también de aquella delicadeza de patrocinar la causa del feminismo, yo la siento ya como un murmullo de protesta. La objeción es la siguiente: —«Después de todo, ¿con qué seguridad puede afirmarse que la corrupción comienza por el hombre y no por la mujer?»

Y yo me permito responder con toda seguridad. Este es el principio de mi tesis.

Bien sé que mirando alrededor no distinguimos ya á los responsables de la corrupción. Esta aparece ahora como el flujo y reflujo entre los

dos sexos; aparece como un mal epidémico y ya endémico en el que el microscopio puede descubrir los bacilos que pululan en todos los ambientes y en todos los terrenos; pero en el que en vano se intentaría descubrir el medio de difusión. Esta no comienza ya ni en el hombre ni en la mujer, pero continúa en los dos, como endósmosis á través de las generaciones, exprimiendo de la naturaleza de cada individuo un nuevo zumo maléfico, y aumenta su curso fatal como espesa columna de humo cuyo origen se ignora en el tenebroso misterio del porvenir.

Bien sé que á querer delimitar la responsabilidad remontando y escrutando en la historia del amor, que es el primer pretexto de la corrupción, podríamos equivocar el concepto de nuestras indagaciones en la infinita variedad de las formas de este sentimiento durante el vasto período de tiempo evolutivo de nuestra naturaleza. Sé también que si el amor fuese la medida de la responsabili-

dad que buscamos, esta especulación aparecería en una forma muy indeterminada, mezcla de leyenda y realidad, donde junto al amor brutal del hombre cuaternario encuéntranse los amores del Dante y de Byron, donde junto á la égloga patriarcal hállase la lasciva estrofa de Catulo. Al lado de Rebeca está la mujer de Putifar, cerca de María Magdalena, Mesalina y junto á Santa Teresa la Pompadour. No, señores hombres; no así podemos encontrar las señales de la responsabilidad que es vuestra. La Biología nos dirá más que nos pueda decir la historia del amor; vuestra responsabilidad queda revelada en vuestra propia *substancia*, en vuestra constitución orgánica. Os es ingénita y congénita. Y ya que á nuestros ojos aparece solamente lo que la civilización ha superpuesto á la naturaleza induciéndonos á erróneos convencimientos, despojémosla de estos artificios y sorprendámosla en su primitivo estado.

Y sí con la audacia que nos con-

sienten los nuevos métodos de experimentación de la vida, seguimos los saltos de las modernísimas ciencias comparadas, encontraremos en toda la infinita gama, en toda la gradación de los organismos, desde el ser humano hasta la planta, los indicios de la potencia masculina y la cualidad, los requisitos, las prerrogativas, por las cuales la masculinidad tiene la facultad formidable de la iniciativa y se impone, invade, asalta, se multiplica, creando la injusticia y la corrupción fundamental de la poligamia.

Contemplad la flor en la que se compendia el fenómeno de la afinidad. Asistiendo al desenvolvimiento de ese idilio vegetal, reconoceréis que también ahí, sobre los tejidos perfumados y policromos de una corola, la supremacía tiránica del sexo fuerte se asienta triunfante. Contemplad el mismo fenómeno en casi toda la pirámide zoológica, y encontraréis, por ejemplo, insectos machos alados á diferencia de sus

hembras, á quienes la falta de alas obliga á una sumisión pasiva; y en contraréis rumiantes machos provistos en su frente de formidables armas, de las que hacen uso contra su amada en las excitaciones del amor. Y contemplad, contemplad idéntico fenómeno entre las geates todavía salvajes, en las que la Naturaleza conserva su carácter virginal originario y aun una más señalada afirmación de la supremacía tiránica, y sorprenderá de un modo sugestivo. El circasiano, obedeciendo á un rito ingenuo pero sintomático, rapta violentamente á su prometida, prisionera en el hogar. El negro del Deuka, cínico, polígamo, cuando envejece, cede á los hijos, como si se tratase de una herencia, sus más jóvenes y hermosas mujeres. El hombre gris de la Australia espía á las mujeres de la tribu vecina, cae sobre la menos custodiada, la golpea, la hiere, se la carga al hombro y ¡en marcha! ¡Este es su matrimonio!

Si, pues, la masculinidad tiene la

misión de la iniciativa y el distintivo de la supremacía, no debe ponerse en duda que el hombre y no la mujer es *ab origine* el inventor de la corrupción humana. La posibilidad del predominio es ya la antesala de la corrupción.

Y si hoy, como antes he dicho, no es posible distinguir verdaderamente la responsabilidad en la mutua corrupción en algunos casos particulares de la vida ordinaria, hay algo que denuncia la mayor facilidad y la mayor insensatez, donde el hombre procede con toda su ferocidad en el oficio de corruptor. En efecto: el hombre no concede importancia alguna á sus desvaríos momentáneos; que la mujer, á la que se dirige, sea esposa de otro ó sea una niña inexperta, ó una obrera, ó una explotada, ó una hambrienta, este es detalle que frecuentemente no influye en el ánimo masculino y no modifica la inveterada costumbre de corromper, sentimiento éste que obra sobre nosotros en el estado de inconscien-

cia. Y cuando por ventura el sueño de la inconsciencia se interrumpe y una fugaz consideración cruza nuestro cerebro el criterio que súbitamente surge en su espíritu, es el siguiente: «Soy un hombre y no debo preocuparme de la virtud de las mujeres. Debo pensar solamente de mí honradez. Si las mujeres que encuentro en la calle son honradas, no han de hacer sino rechazarme; pero si no me rechazan, no debo hablarles de virtud, ó cuando menos, no tienen derecho á que me convierta en su guardián. Yo no pido, ofrezco. Pero *do us det*, porque el secreto de la vida está en la recompensa.»

Este criterio muy común, muy cómodo y muy gratuito, es el hilo de seda en donde se entrelaza la inmensa red que pescando en todas las esferas sociales, en todas las esferas morales, en todas las categorías filosóficas de la feminilidad, arrastra á la misma orilla los más diversos tipos femeninos, los más diversos tem-

peramentos, las más diversas pecadoras; desde la que al nacer tuvo la vocación del error á la que por falaz ilusión, por impremeditación, por impunidad, por cretinismo, por abatimiento ó por miseria, ha visto en el error un poético misterio, una atracción indefinible, una imposición, una promesa, una fuerza, un auxilio, ó que aun no habiendo visto nada de todo esto, se ha encontrado envuelta en la red; humilde pececillo apenas visible, esperando que la férrea mano del pescador, después de haberlo triturado como cosa inútil, lo entregue inerte y deshecho al capricho de las olas.

Yo, que escribiendo estas palabras quisiera ser el fiel de una balanza de justicia, no niego que quizás es una red de estrechas y regulares mallas la que la seducción feminea tiende á los hombres de todas las edades, de todas las condiciones, de toda índole, de todo temperamento. No, no quiero negarlo. Pero aun admitida la igual capacidad de las dos re-

des contrarias, resta siempre en favor del sexo masculino, como todos sabéis; como todos saben, y aquí no pretendo anunciar una verdad nueva, las leyes, el mecanismo de la sociedad y el imperio del que hemos descubierto el rastro en la naturaleza virgen y en todos los organismos masculinos, funcionando como millares de instrumentos semejantes aunque de muy diversas condiciones y regularmente fonéticos, sonando al unísono, bajo la dirección de una batuta prodigiosa, encarnación de un único principio en la gran orquesta del alma universal.

Y aquí una segunda objeción más seria, más razonable que la primera, levántase ante el ánimo de los hombres.

«Si la responsabilidad es congénita (piensan ellos), si somos los iniciadores de la corrupción, por todo aquello que permanece en nosotros, desde el origen de nuestra vieja naturaleza, si las prerrogativas de la supremacía y de la tiranía halláanse

en nuestra complexión orgánica, nosotros deberemos ser objeto de una grandiosa y milagrosa obra de transformación, para poder reintegrar la mujer, sin condenarla á las oscilaciones peligrosas que quebrantan su prestigio ó amenguan su valor. Y ya que esta obra grande y milagrosa, apta para la transformación de la substancia masculina, no ha sido decretada por el divino poder, ¿por qué las mujeres se revuelven contra nosotros para vituperarnos? Nosotros hemos encontrado hecho el mundo; Platón agradecía á los dioses el haber nacido hombre. Las mujeres no pueden agradecer á nadie el haber nacido mujeres.»

Esta objeción, repito, es más razonable, más seria, más aguda. Pero los hombres, formulándola, pierden de vista una circunstancia que á mí me parece no deben olvidar. Y esta circunstancia es que el bello mundo que las mujeres encuentran hecho no es precisamente el que encontró Eva. Sería muy difícil pres-

cindir de cuanto han añadido los siglos al mundo de entonces. Sería muy extraño que nosotros, contemplando hoy sobre la masa terrestre estas vertiginosas corrientes de fluido eléctrico que disipan las tinieblas con la blanca espuma centelleante como orgía de estrellas que conducen el pensamiento, la palabra, la voz, quizás el humano espíritu de un polo á otro del globo, quisiéramos regular la convivencia de los dos sexos, la moral, el amor, la afinidad con las formas rudimentarias de la naturaleza. Los mismos positivistas que en las fuerzas fisionómicas buscan la razón de todas las cosas, admiten también el desarrollo de aquellas fuerzas hasta la metamorfosis, y no podrían, sin incurrir en anacronismo, detenerse á escrutar la naturaleza en su estado primordial. Y para el sociólogo sería aún más ruidosa esta herejía científica. El sueño de Ruskin, que á la inmóvil naturaleza quería infundir la vida, para purificarla, era un sueño de

esteta, no un sueño de sociólogo.

La visión de la belleza, creada sin contacto con la civilización, prestaba á su sociología idealizada un perfume virgiliano que la realidad disipa.

Si los siglos han transformado las capas de la tierra y las bases de la sociedad, la Naturaleza, cualesquiera que sea su energía viva y su intervención, no puede ser árbitra absoluta de los humanos destinos. En la mujer, á través de los siglos, se ha debilitado su instinto de animal sometido. La constitución de la familia, la constitución de los Estados, el cristianismo, el tétanos mundial de la revolución francesa, le han creado una conciencia nueva. La primera mitad del siglo XIX la ha hipnotizado. La segunda mitad fué una resurrección. La luz de este siglo, que surgió bajo los auspicios de la lucha por la vida, irradia sobre ella invitándola á la ardua tarea de construir los cimientos de su absoluta redención.

Comprendo que diciendo esto en talia se adquiere el carácter de hombre alucinado. Es que el feminismo, original palabra que compendia la ciencia, la fe y la lucha por la emancipación femenina con todos los criterios progresivos que puedan madurarla y hacerla quimérica, en Italia, hasta hoy no ha alcanzado sino mínimas proporciones. Sin duda, provisionalmente, mientras en otros países muy civilizados, las agitaciones feministas hierven y sacuden los organismos decrepitos que se cimentaran en la vana creencia de la supremacía viril; mientras lejos de nosotros estas agitaciones, pasando del campo teórico al de la práctica, crean ya graves antagonismos, crueles luchas, la mujer de Italia, la típica mujer italiana huye con graciosa desenvoltura de las invitaciones á la lucha, y saturada de una especie de fatalismo oriental, se complace en su inmovilidad. Quizás e que en Italia la malicia, la embriaguez que se encuentra en la dócil

voluntad permiten en todo momento á la virtud sensual de la mujer apoderarse de la voluntad del hombre. Quizás es que también los hombres tienen en todo momento en Italia, más que en otra nación alguna, el prestigio del poder de dotes conciliadores y acomodaticias. Quizás es que en nuestro bellissimo país, más que en ningún otro, se conservan los reflejos del pasado. Y quizás es, finalmente, y esto me parece la más racional de las hipótesis, que nuestras mujeres están dotadas de una singular clarividencia inconsciente, por lo cual esperan, sin siquiera saberlo, momentos más oportunos y terrenos más á propósito para dar la batalla.

De esta clarividencia se han dado pruebas incontestables, siempre que la cuestión del divorcio se ha planteado en los círculos políticos ó en la prensa. ¿Se ha realizado jamás una verdadera conmoción en las esferas femeninas en pro de la ley sobre el divorcio, tantas veces discutida y

tantas veces olvidada por la prudencia ministerial? Es inútil negarlo: jamás se ha producido. Se hubiera dicho que por las imperfecciones de la ley y de la moral que hoy gobiernan nuestra sociedad, las mujeres, cuando no se trata de un caso especial de infelicidad íntima del que la alcoba es el teatro trágico ó cómico, han de temer más de la ley del divorcio que el beneficio que pueden esperar.

Y de esta justa intuición los sociólogos de la vanguardia deben dejarse inspirar si contemplando y estudiando á nuestra sociedad, sienten piadosamente la necesidad de la defensa del derecho de la mujer, que á despecho de la ambición masculina, es siempre lo más esencial. ¿Qué han de hacer las mujeres del derecho de divorcio y del derecho de votar, si primero no se garantiza su derecho incondicional á la vida sin límites de la sumisión al macho, de quien se espera demasiado el mantenimiento, el decoro y el nombre

sin la restricción, los obstáculos y el impedimento del llamado honor? Mientras que la sociedad sea cruelmente severa con la mujer y le impida seriamente proveerse á sí misma, á su propia existencia, á su propia vitalidad, á su propio corazón, y hasta á sus propios sentidos la insignificante divagación del voto político ó la insignificante disputa sobre la separación del marido traidor ó traicionado salvaje ó imbécil, león ó conejo le parecerán y son para ella la ironía de una munificencia inútil, embarazosa, ofensiva.

Yo estoy, expliquémonos claramente, aunque poco importe conocer con precisión mi pensamiento, entre los que verían sin malicia y sin dolor á la mujer asumiendo papeles masculinos y substituyendo por escamas de acero los flotantes velos que la aprisionan y la cubren y que el viento de la tempestad agita ó el céfiro de la primavera acaricia suavemente. No estoy entre los que se convencen de la potenciali-

dad viril de la mente y de la fibra femenina, mediante la famosa estadística del peso específico de los cerebros y la no menos famosa lista, tan querida á Dumas hijo, de las mujeres fuertes; de las mujeres sabientes, de las mujeres guerreras, de las mujeres heroicas, de las mujeres literatas, de las mujeres políticas, de las reinas, de las emperatrices é inspiratrices, cuya lista escrita con fúlgidos caracteres para honrar á las ilustres beneméritas, como madame de Sevigné, Mme. de Stael, Victoria Colonna, Jorge Sand, Blanca de Castilla, Isabel de Inglaterra; desde Semíramis hasta Juana de Arco. Eso no tienen ningún valor demostrativo porque no concierne á un solo individuo sino á toda una multitud. Y no estoy tampoco entre los que de la gran ley de la igualdad de los dos sexos, hermanada con el sansimonismo, deducen la ley que los suprime á todos y que honra la dulce sonrisa femenina creada ante todo para el amor. Pero creo que

esta sonrisa será benéfica y luminosa,



olvido de rencores, tristezas y angustias, el día en que la mujer no

se encuentre ya en condiciones de inferioridad respecto del hombre y no deba pedirle permiso para obrar, para agitarse, para nutrirse, para amar.

Sí, la evolución definitiva y mejor de la mujer, la evolución lejana, tan lejana que la más águilina mirada de profeta intentaría inútilmente vislumbrarla entre los vagos contornos del futuro, podrá ser quizás la pura y ascendente reintegración del feminismo, que el hombre aristocrático de hoy finge ó cree querer y á la que ella en el fondo aspira ardientemente en una vaga é inconfesa nostalgia. Su meta lejana, lejanísima, podrá ser quizás el altar de la diosa, la misión del ángel, la sublime maternidad, la cariñosa asistencia, la gentileza, el auxilio humilde que la desventura implorara en todos los tiempos á los más profundos, á los más completos, á los más selectos, á la más vibrante sensibilidad humana; pero hasta que esta magnífica reintegración sea pos-

sible es necesario que la mujer construya sus baluartes, emplace sus cañones, aprovisione sus arsenales, é ices la bandera de la emancipación en lo más alto de la torre. Siempre que el consorcio social no quiera ó no sepa asegurar á la mujer los medios por los cuales pueda ella sentirse mujer, eminentemente mujer, le será indispensable reforzar su personalidad y ocupar un puesto seguro que le permita no someterse.

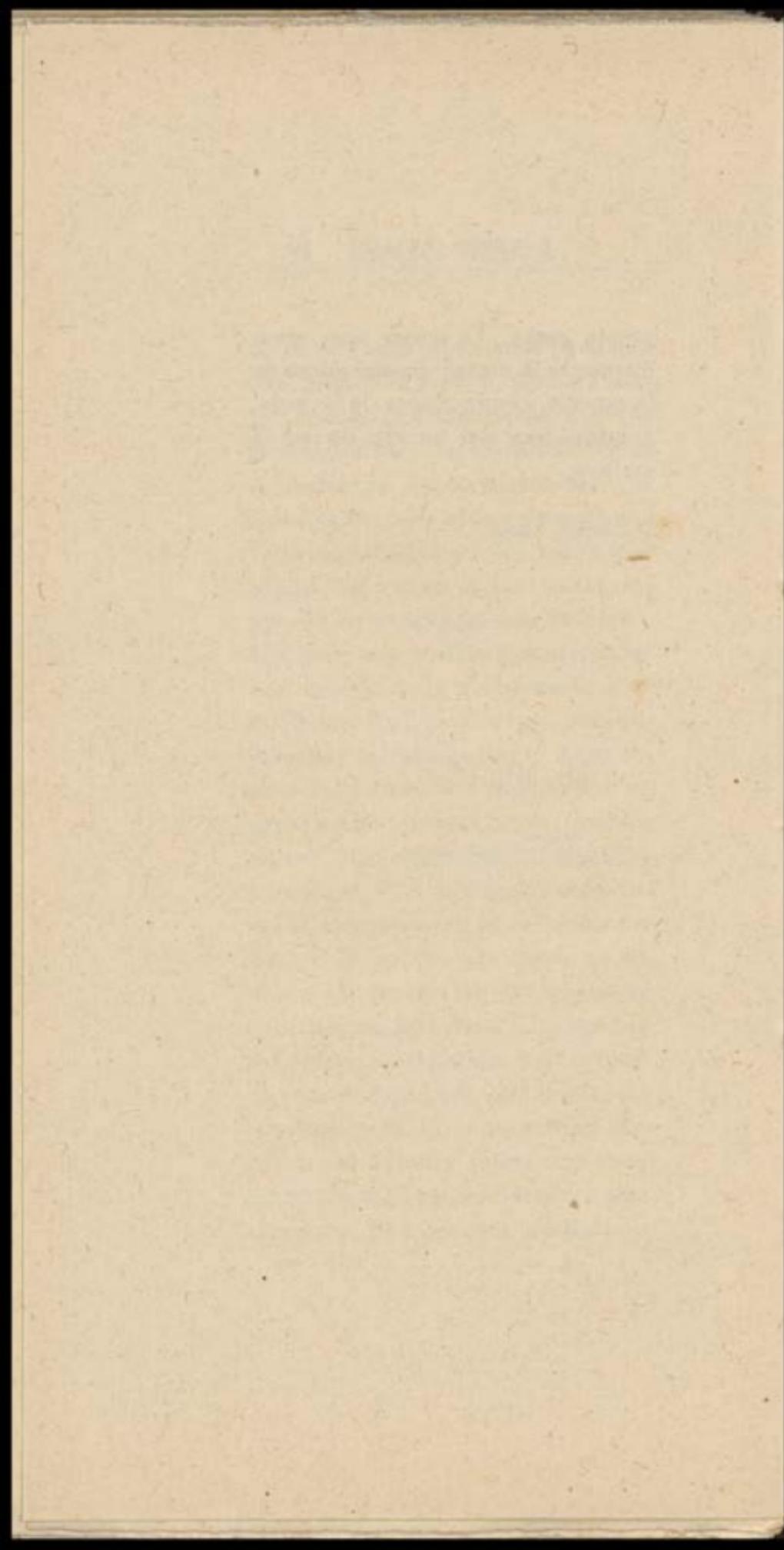
Para poder recuperar un día una feminilidad, que aún libre de atributos viriles, no sea esa cosa débil, peligrosa é indefensa que ha sido hasta hoy, la mujer debe renunciar á ser solamente mujer. Combatiendo como sencillo individuo, como sencilla criatura humana, como ser que tiene en el cráneo un laboratorio de ideas y en la razón de vida un derecho de conservación, debe, por ahora, demostrarle al hombre que no tiene necesidad de su auxilio, de su consejo, de su protección, de su afecto y ni aun de su nombre. Cuan-

do la vida y el honor sean la misma cosa para el hombre y para la mujer; cuando la personalidad femenina esté sólidamente constituida y no se deduzcan de su mismo sexo ni ilusorias ventajas ni las desventajas de la inferioridad social, habrá eliminado las causas de las transacciones, de las venganzas más funestas. Entonces será posible que la naturaleza resurja de la tumba de la perturbación. Será posible que resurja, rehecha, sublimada de su largo reposo de muerte. Será posible que resurja, no más brutal, feroz, cruel é injusta, sino equitativa, tendiendo á corregirse á sí misma, creando un equilibrio constante entre los dos sexos. Quizás, este equilibrio, pueda reunir en una sola las dos corrientes actualmente opuestas. La doctrina del placer, de la belleza y de la fuerza y de la moral y la piedad, serán la misma cosa. El esteta será un moralista. El hombre fuerte será también bueno. El egoísmo será también altruismo. El amor será verdadera-

mente *amor*. La mujer será esencialmente la madre, continuadora de la especie, continuadora de la vida, continuadora del mundo sin ser la esclava.

Enero, 1905.

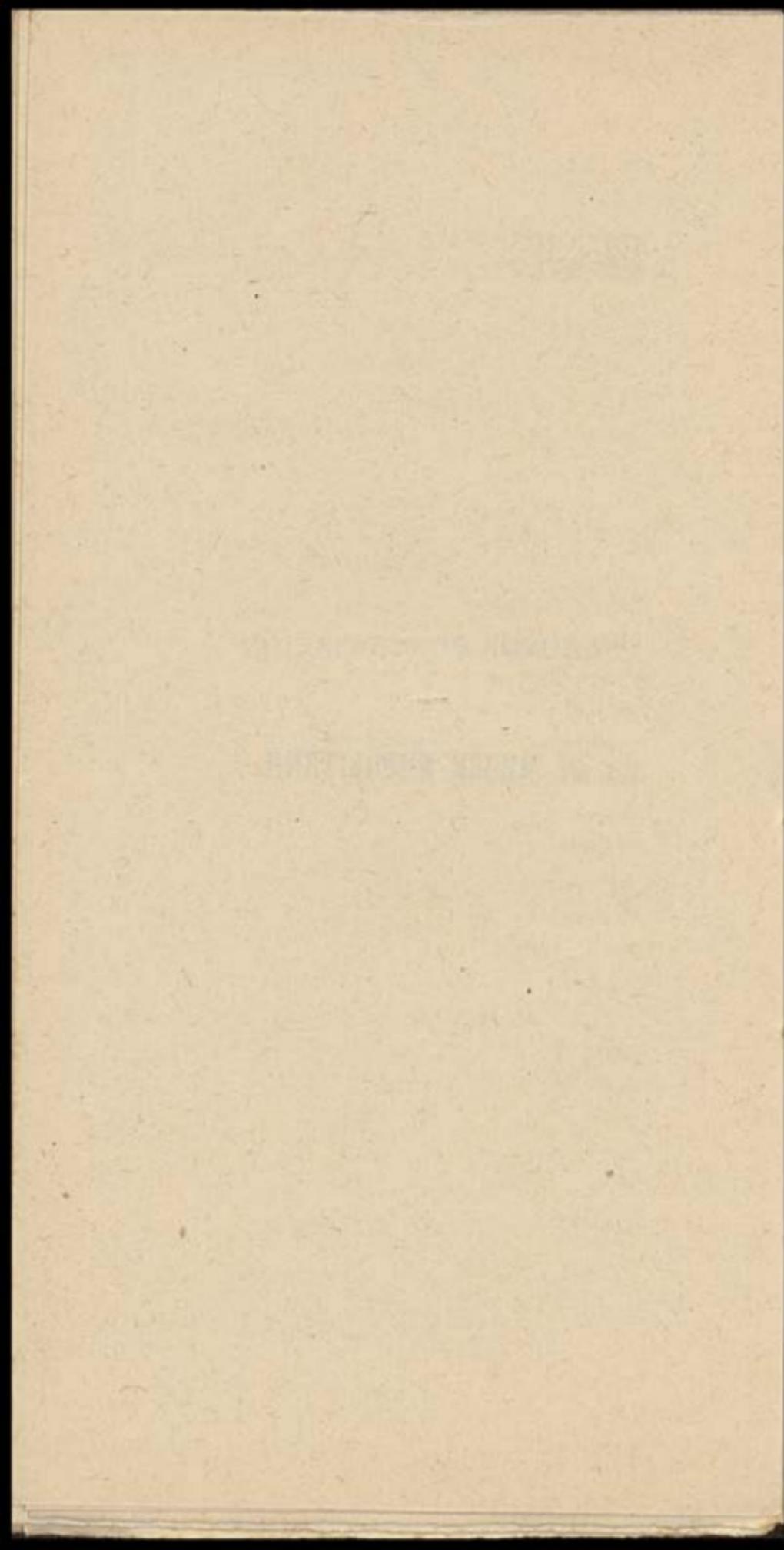
---

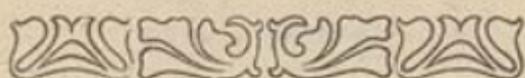


SEGUNDA CONVERSACIÓN

—

ЛА МУЖЕР ЛЯРОБИТЯНА





Saint-Bewe, después de haber hecho un viaje á Nápoles, exclamó:

—«¡Oh!, vivir allí, amar á una mujer, y después morir.»

Pero hay una fórmula tradicional, según la cual para el hecho de *amar á una mujer* no es necesario «ver á Nápoles y después morir». La idea de terminar una vez para siempre, después de haber visto Nápoles, ha sido, en suma, la ambición de muchos admiradores de esta ciudad; esto nos lisonjea mucho á los napolitanos. Pero, dejando aparte la historia del morir, que no tiene nada de común con lo que puede desear un *galantuomo* que venga á honrarnos, me preocupó del deseo de Saint-Bewe.

«Y amar á una mujer.»

Comprendo. Si en alguna parte del mundo la mujer es para el forastero, como para el indigena, menos importante que el hotel, el *restaurant*, el teatro ó el establecimiento balneario, en Nápoles la mujer es una institución de importancia suprema. En efecto, el cielo hermoso, el aura dulce, el mar, la fragancia marina, Posilipo, el Vomero, el funicular en la sombra, el ascensor en el hueco (en la época de Saint Bewe no había ascensor, pero lo presentiría), el panorama del Vesubio en erupción, el Fusaro, las ostras, la multitud, la embriaguez que da á la cabeza, son cosas todas á las cuales va anexo y conexo el elemento femenino. Mas yo pienso con pena en el buen viajero que venga aquí con el propósito firme de amar y casi, casi me da el deseo de guiarlo á la «Asociación pro Nápoles» que es una reunión de personas valerosas, las cuales tratan de velar por el decoro de ciudadanía dando al fo-

rastero útiles instrucciones para hacerle más agradable la estancia en la antigua Partenope—. Me acosa—decía—el deseo de guiarlo á esta Asociación y de incluir en la Guía de Nápoles los sitios en que los hombres deben guardarse de las mujeres.

Meterse á amar á una mujer napolitana es una bella aspiración, lo reconozco; pero para quién no sea de la población es una aspiración que puede convertirle en guarda-cantón.

Cuando se habla de amar, se sueña—superfluo es decirlo—la mujer... ideal. Se sueña, en otros términos, con la honestidad de la mujer amada, atribuyendo al hecho de ser honesta el significado gradualmente relativo por el que parece fácil, justo y oportuno abrir un paréntesis en la honestidad misma que se pregona ó que se exige.

Todo esto es en Nápoles como en Nueva York, como en París, como en Atenas, como en Buenos Aires,

como en Londres, como en Madrid, como en Lisboa.

Pero—sin querer denigrar á la mujer de otro país—¡me guardaré bien!—me refiero á la de Nápoles, y sostengo que el proyecto de meterse á amar, con análogo criterio del paréntesis de honestidad, es menos habitual de cuanto probablemente cree todo intérprete bizarro del gentil deseo de Saint-Bewe.

La mujer napolitana no experimentada, se halla en general lejos todavía de las condiciones por las cuales la feminidad más desarrollada se libra de las antiguas costumbres sociales y domésticas, ofreciendo al hombre todas las facilidades necesarias en estos tiempos de vida afanosa.

Si algún progreso se ha hecho recientemente, no debe tenerse demasiado en cuenta. El caso especial, debido, por decirlo así, á la iniciativa privada, no puede ser objeto de la consideración mía.

Aun entre la aristocracia, esto es,

entre la clase más dispuesta á ser transformada por las corrientes civilizadoras, la mujer es más resistente, transige con más dificultad. El *flirt* entre la aristocracia, no lo niego, está muy generalizado; pero esto es más una obediencia á la moda que una aproximación substancial y positiva entre la mujer y sus pretendientes. Es un *flirt* que, las más veces, no aporta siquiera aquella utilidad provisional, á la que los *flirteadores* sacrifican voluntariamente las utilidades definitivas. Apparentemente, en esta clase sujeta á la moda, la emancipación femenina está en flor; pero en el fondo, el lazo conyugal es un tutor tenaz. Hay que decir que son muchos menos los maridos traicionados de los que se supone, y algunos, creídos víctimas de la coquetería de sus mujeres, no son sino rivales preferidos. En el ambiente aristocrático se observó cómo un joven de muy ilustre prosapia á quien sus títulos precisamente ponían á cubierto de un fra-

caso, de una negativa, ha esperado la decisión de alguna hermosa dama... que no se ha decidido por él. (He citado este caso porque el alto grado social del joven, que ahora es marido feliz, adorado por su prolífica esposa, retrata muy bien la resistencia femenina triunfadora de la cual me ocupo, y porque no es improbable que los casos como éste sean registrados en la historia de la galantería italiana.

En cuanto á la mujer burguesa, he de decir que, salvo excepciones, no tiene tiempo que perder; aquí el asedio es de una dificultad martirizadora. Los niños, que casi nunca dejan el pecho, las necesidades domésticas, las exigencias del marido, y por fin, las obligaciones de la cocina, la alejan de las tentaciones y no toleran el asiduo cerco del hombre que á la larga—*gutta cavat lapidem*—vence la dureza moral ó física de la mujer de otro.

¿Y las jóvenes? ¿Son así también invulnerables? ¡Al contrario! Para

enamorar á una joven de la burguesía napolitana, no se sufren grandes



fatigas! El obsequio de un ramo de violetas, una palabra dulcemente su-

surrada al oído como en los buenos tiempos clásicos, un apretón en el brazo, con la complicidad de una vuelta, en el momento del vals, una sencilla mirada lánguida, pueden ser suficientes para determinar un amor. Pero, expliquémonos. Esto no es siquiera la iniciación de la interminable serie de virginales recursos que sirven de ilustración á una conocida novela francesa. Entre nuestros jóvenes, el sentimentalismo es endémico. Y por manifestaciones evidentes, las cartitas lanzadas en la noche de una á otra reja, los momentos melancólicos durante la misa ó el sermón, las miradas dirigidas al galán que acecha puesto tras una columna del templo, la telegrafía sin hilos, largamente practicada de uno á otro piso, para decir *yo te amo*, ó *háblale á papá*, á quien suspira apostado en una esquina ó pasea largas horas bajo el sol ó la lluvia con la nariz al aire. Yo no sé si este régimen puede satisfacer los deseos de quienes se proponen amar; pero

es lo cierto que ó proporcionan una pesadilla ó un matrimonio.

Y recorriendo igualmente la escala jerárquica desde arriba abajo, encontraréis en nuestra mujer virgen el mismo carácter modificado desde luego, según las condiciones sociales y los accidentes.

Me explicaré. De la burguesa pasad á la burguesucha en cuyo corazón el sentimentalismo es la nota dominante, tiene mayores proporciones; en sus cartitas la ortografía sufre las más extravagantes variaciones y las melancolías pueden finalmente llegar hasta la tentativa de suicidio, con una caja de cerillas; de la burguesucha pasad á la costurera, á la modistilla, á la sombrerera, las cuales, con su graciosa é insinuante coquetería, asimilada en los laboratorios de la elegancia y del lujo, sienten el germen de las pasiones y la más viva aspiración matrimonial.

En la mujer del pueblo estos gérmenes y estas aspiraciones son tan-

to más notables por cuanto escapan á la vista de los incompetentes. Esas mujercitas que enseñan la punta del pie al caminar por las calle rítmicamente apoyándose sobre las torneadas caderas, con los pechos turgentes, con las manos apoyadas en la cintura y luciendo retorcida sobre la nuca la luciente cabellera negra, no menos abundante que aquella en que la princesa de Badour se envolvía como en un manto; esas mujercitas, digo, que parecen conquistadoras, ¿pensáis que es fácil que se opongan á vuestros deseos?

Ya lo creo. Estas mujercitas aman locamente al cochero, al carpintero, al soldado, al marinero. Lo aman, lo esperan y se casan. Sienten la necesidad de ser fieles. Soportan las violencias, los malos tratos y la infidelidad. Rara vez se rebelan, casi nunca traicionan, y si por casualidad atravesáis, Santa Lucía al mirar una de aquellas mujeres que se agitan tras las cestas, las escudillas, los pucheros y los panzudos cántaros de

barro, nietos degenerados del ánfora pompeyana, observáis que os mira y se fija, no hagáis caso ni os calentéis la cabeza: esa no hace más que ofreceros cinco céntimos de atún



ó un vaso de agua sulfurosa. Y podéis trasegar mil vasos de esta agua sin que el orgullo de la *luisana* se rinda á vuestras seducciones. Entonces, ¿qué debe hacerse para

amar á una de estas hermosas del golfo encantado? Helo aquí: Si amar á alguna significa también ser un poco amado, quien no quiera contar las decepciones; y bueno será no contarlas para conseguir la meta, no tiene que hacer más que emanciparse de la civilización. Nuestra mujer no está universalizada; por lo mismo desea mucho ser casada. ¿Es usted schopenaueriano? ¿Está usted convencido de que el matrimonio es una celada que nos tiende la naturaleza? Pues bien, dejad que la naturaleza napolitana os cele. Después de todo, se sale ganando una buena mujer. La mujer en Nápoles os amará si os casais; si la mujer es casada es preferible renunciar. Para poseerla podríais matar al marido, no digo que no, pero no os lo aconsejo porque el problema de este modo no se habría resuelto. Puede haber mujeres que no aman al marido vivo, pero no hay ninguna que no lo ame muerto.

Cuanto he expuesto—bromas apar-

te—no está verdaderamente de acuerdo con el juicio que dan sobre la mujer napolitana los que no la conocen más que á través de sumarias impresiones que reciben por ciertas vías y á ciertas horas cuando vienen de paso á esta ciudad, mal dispuestos, con la idea preventiva de que aquí no sólo la corrupción, sino la degeneración femenina está á la orden del día. Creemos que cometen un error los que piensan que la degeneración femenina es más fácil en los climas menos rígidos.

Se puede decir, á lo más, que en el clima menos rígido halla mayor incremento para el amor, en el sentido completo de la palabra, con todas sus consecuencias; pero la degeneración, no. Que sea propenso al amor es una verdad, incondicionalmente. Se ama sin propósito, por dos cosas: primero, porque la temperatura alta es, como se sabe, un estímulo fisiológico (aunque no sea bastante alta para determinar el casamiento la pérdida de los sentidos, la

inercia, y esto no es, por cierto, el caso de la temperatura de Nápoles); y segundo, porque un cerebro no guardado en la niebla y el frío, está más pronto á la exaltación y obedece mejor á la fantasía, la cual en el fondo, es el elemento indispensable, casi diré el factor principal del amor, hállase en continuo estado de exaltación y de inquietud. Mas, aunque en algunas circunstancias el clima contribuye al incremento del amor, estas mismas circunstancias hacen que en Nápoles el pueblo tenga escasas aspiraciones de mejoramiento y la plebe no tenga ninguna. La dureza de la indigencia aquí no affige demasiado. Las preocupaciones del mañana no son tan graves que absorban enteramente la existencia. Por eso, aunque se almuerce ó se coma mal y se duerma en miserables tugurios, la sensibilidad sensual es perezosa y se agita como si esa agitación fuese un consuelo, una alegría.

¿Pero (pregunto á todos los ob-

servadores superficiales) no ha determinado la degeneración el espectáculo del enorme número de mujeres de todas las edades que pasean? ¿No ha determinado la degeneración la fecunda prostitución femenina, cuyas proporciones superan quizás á las de todas las otras ciudades italianas é igualan, relativamente, á la población, con las de Londres y de París?

Y bien, no. Son dos, generalmente, las causas de esa tendencia al amor, en los países meridionales y precoces, donde las jóvenes se enamoran á los catorce años. He aquí cuasi siempre el origen del desagradable fenómeno de la joven paseanta, el cual, en el transeunte no napolitano, engendra el convencimiento de que se trata de verdadera degeneración.

Yo ya he dicho que en la sombrerera, la aprendiz de costurera, la muchacha que lleva los encargos á la modista, no obstante la tentación del lujo que entreven, son instinti-

vos el germen de las pasiones y el deseo del matrimonio. En las del pueblo que no están en contacto con el lujo, el deseo tiene raíces todavía más profundas; y para no encontrar más tal deseo ni tal germen, ni siquiera en estado embrionario, se necesita descender á las salvajitas vagabundas que anegadas en la miseria, descalzas, laceradas, amarillentas, hacen dominio de la calle y conviven al aire libre con los pilluelos que recogen colillas y se ganan la moneda de cobre haciendo cabriolas ó fastidiando á las gentes durante el día y la noche.

Ocurre alguna vez que esta ínfima criatura que no tiene nada de humano, siente un vago sentimentalismo peligroso que en su bestial inconsciencia reviste aspecto de púdica reserva. Mas tornando al germen de las pasiones y al deseo del matrimonio en las muchachas que no explotan sus gracias, añadiré que la precocidad concede más resistencia al primero que al segundo.

Es este desequilibrio el primer paso hacia el precipicio. La napolitana, sombrerera, aprendiz ó modista que se enamora cuando conoce bien poco de la vida y cuando nadie le ha enseñado á distinguir en el amor la palabra del hecho, el sentimiento de la sensualidad va derecho hasta el fondo sin buscar marido, pero no sin esperarlo. Por dar una prueba de afecto al joven amado, no se deja rogar mucho y se arruina. Si la degeneración estuviese en la sangre ó en el hábito, el enamorado tendría el freno de la continencia y la prueba de afecto no sería oficialmente la perdición. Además, si la joven deshonrada y, naturalmente, más ó menos abandonada, no tuviese vergüenza de presentarse en su taller, no tuviese vergüenza de vivir en familia y de mostrarse á los vecinos (el vecindario de Nápoles, donde se vive en la calle, lo ve todo y ejercita un gran poder con sus comentarios y su opinión), esa no se vería obligada á

darse á la vida de las aceras, para proveer á sus necesidades.

Y después unas lágrimas secretas que se dan siempre alegremente, porque su carácter es alegre, por naturaleza, porque á esa edad la insensatez pasa entre todos los peligros, sobre todas las dudas y aun también porque la posibilidad de no trabajar las pone de buen humor. Por otra parte, su juventud, sólo con el sacrificio del pudor—en cuyo sacrificio la inició el ya fugado amante—se procura el consuelo moral necesario para no recordar con tristeza los días en que se levantaba en pleno invierno, para entregarse al trabajo hasta las nueve de la noche, cansada, hambrienta, abatida. Los sufrimientos sobrevienen después cuando en su cerebro se revelan todas las infamias de la vida. Pero en-tretanto, en los primeros tiempos, la completa libertad sonrío á la joven-cita, y de los accidentes de las jornadas, trae á casa cuanto le basta para lenar el estómago, á satisfacer su

vanidad y á meterse en la cama bur-lándose de todo el mundo.

Es fácil comprender cómo tras de todas las muchachas perdidas y de aquellas cuyas cualidades y temperamento las empujan á caer, aparece el gran suplicio de la miseria. La miseria es y será todavía durante mucho tiempo, el funesto motor de este inmenso engranaje que es la ciudad de Nápoles. Sería de un optimismo ingenuo creer que aparte la tendencia del amor y la imprudencia de los enamoramientos y de la desenfranada sensibilidad, no se halle la aridez del pauperismo como elemento de corrupción, y negaría la evidencia quien asegurase que la esperanza ó los efectos del dinero no difunden los miasmas más perniciosos. Alguna vez, los mismos padres á quienes la joven avergonzada no ha querido presentarse, acaban por pedirle á ella dinero, y de esta petición se pasa al disfrute del beneficio, y de este disfrute á la complicidad. Todo esto, sin duda, inocula

en el alma de la mujer un cinismo de que carecía; pero este cinismo, como todas las transiciones que se derivan, no debe confundirse con la verdadera degeneración, la cual implica causas inferiores y congénitas inherentes al vicio, á las morbosidades naturales del cuerpo, á la natu



ral aridez del espíritu, á la natural deformación del cerebro, á la agravación instintiva.

Otro obstáculo entristecedor es el de la prole de estas mujeres que viven en la abyección. Es un espec-

táculo que suele citarse como síntoma de perversidad en la mujer napolitana. ¡Nada más injusto! Sé bien que aun teniendo la exactitud del concepto de la inviolabilidad de la función humana, por la cual la mujer se destina á la reproducción de la especie, se deba prescindir de alguna ley informada en este concepto, ante el hecho de una prole que nació de un episodio exclusivamente brutal y condenada á todas las enfermedades, á todos los peligros, á todas las vergüenzas. Pero la mujer napolitana difícilmente renuncia la maternidad. Podéis acusarla de este egoísmo, podéis acusarla de supina ignorancia, podéis decirle que no tiene derecho á crear seres infelices, podéis decirle que no tiene derecho á aumentar los raquíuticos, los escrofulosos, los delincuentes; pero no podéis desconocer en ella un sentimiento y una necesidad que la sujetan á los eternos principios que gobiernan la humanidad, y á aquella misma integridad de la

substancia femenina de la que se compone lo que la mujer hace de más noble y más grande.

Y en nombre de su prole, muy frecuentemente desgraciada, porque se obstinó en no renunciar á la maternidad, continúa ejercitando su profesión. Para el niño que se agita en su seno ó que ya ha nacido redobla ella su siniestro celo, se envilece más ó degenera en cínica más desvergonzada, y la ambición de nutrir bien á su criatura ó quizás de educarla, de instruirla cerca ó lejos de sí cuando haya crecido, la inducen á degradaciones por las que hubiese sentido repugnancia antes de ser madre. Es una antítesis asombrosa. Es una paradoja moral que horripila; pero es el producto de organismos femeninos no substancialmente depravados ó no corrompidos originariamente; y aun de esta antítesis extraña, aun de esta horrible paradoja se desprende una *pasionalidad* que es lo opuesto de la degeneración.

La madre que sin grandes ambiciones continúa ejercitando su vil profesión, tan sólo por dar un poco de alimento á su hijito, parece vivir envuelta en un velo de profunda melancolía que produce profunda piedad. Permitidme que evoque una interesante figura de un drama mío. La evoco, no por vanidad de dramaturgo, sino porque es como la fotografía instantánea de una figura real. *Nanina*, en el acto tercero del *Derecho de vivir*, entra en la taberna, donde se han reunido muchos operarios. Es bella, muy joven, pálida. Sus pies minúsculos, sus medias coloradas, su estrecha cintura que tan hermoso relieve da á las líneas de su cuerpo, su modo de caminar dulce y su escrutadora mirada, dicen lo que ella es. Con el pretexto de comprar medio litro de vino la pobre va á tender sus redes. Encuentra en la taberna un muchachote—obrero apodado el *Moro*—enamorado de ella, pero que, precisamente por esto no había querido volver á verla. El *Moro* quisiera

pagar el medio litro de vino, pero *Nanina* rehusa cortésmente.

—De ti no quiero nada.

Y después añade tristemente:

—Ya no vienes á verme...

El *Moro* responde:

—No voy, porque sufro demasiado.

Y en pocas palabras aparece la dulce y dolorosa resignación de *Nanina*, que es madre.

Ella lo recrimina:

—¡Buen pretexto! Cuando viniste la primera vez ¿no hacía lo que hago ahora?

Y él:

—Sí... pero si tú quisieras...

*Nanina* suspira, y después le mira suplicante.

—¡Déjame, déjame! Debo hacer esta vida á la fuerza, por aquella criaturita que no quise entregar á la Madonna (1). El Señor me la envió, y yo la conservo.

—¿Y quién dice que no debes te-

---

(1) Casa-cuna.

nerla?—observa el *Moro* con afecto—, después de un año de buena



conducta, quién sabe. Yo soy pobre... pero mira... sería capaz hasta de casarme contigo...

Y *Nanina*, con dulce voz, le intima esta consideración:

—¿Y durante ese año?... ¿Cómo viviré?... ¡Déjame! ¡Déjame!

He aquí el círculo de hierro en el que está aprisionada *Nanina*.

Encuentra un joven enamorado que se casaría, que la salvaría, que haría una mujer honrada si ella diese una prueba de buena conducta durante un año. Pero ¿cómo podrá vivir durante este año? ¿Y cómo podría alimentar á su hijito, á aquel hijito por el que se ve obligada á explotar su lánguida belleza por las calles?

Dios le ha mandado un hijo, y ella no ha sabido abandonarlo, no ha sabido mandarlo al hospicio de los desamparados, y lo retiene, resignándose á no amar, á no ser amada y á vivir en el deshonor.

No he inventado nada esbozando la figura de *Nanina* en aquel cuadro en el cual todo personaje, teniendo derecho de vivir, está obligado á transigir con la propia conciencia.

Las *Naninas* verdaderas y vivientes están allí, esperando en los oscuros quicios, ó merodean en tor-

no de las pequeñas hosterías frecuentadas de operarios, de soldados y de marineros. Pasando delante de aquellas larvas, se siente desprecio.

Su desverganzada impudicia irrita hasta el furor. Y lo mismo el operario, el soldado y el marinero, se dejarían seducir si adivinasen la existencia de alguna esperada felicidad

Pero en tanto, bajo este montón de cosas torpes y asqueantes, se esconde un invencible instinto de madre, el cual arde como una llama que, en el fondo de un subterráneo, consumiese una vida para dar calor á otra vida.

Siempre que hallo oportunidad, no ceso de deplorar que Nápoles no sea todavía un país bastante civilizado. Es incontestablemente que una civilización completa modificaría el temperamento pasional de la mujer napolitana, haciendo menos graves ciertos desastres, y más sensata, más prudente, más juiciosa la corrupción

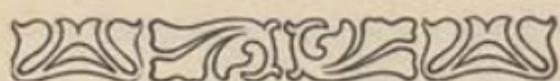
Esto no obstante, yo me pregunto

si no se podrá augurar de verdad esta transformación. ¿No se perdería quizás más de lo que se ganaría?

La corrupción regulada en el sentido de la prudencia ¿no es quizás más homicida? ¿No es quizás más esencialmente inmoral? Y la mujer que regula con sapiencia su corrupción ¿no es quizás más íntimamente gastada y más despreciable que aquella que se corrompe en la ignorancia, en la inexperiencia, en la someridad y en las negruras del fatalismo?

¿Y no está más cerca de la degeneración el progreso que la barbarie?

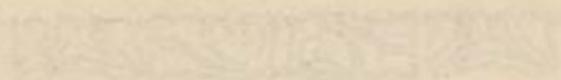
---



## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
A Julio Scalinger.....	9
A Carmen de Burgos.....	11
PRIMERA CONVERSACIÓN: La evolución de la mujer.....	15
SEGUNDA CONVERSACIÓN: La mujer napolitana.....	61



THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
540 EAST 57TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637  
TEL: 773-936-3300

.....  
.....  
.....  
.....  
.....

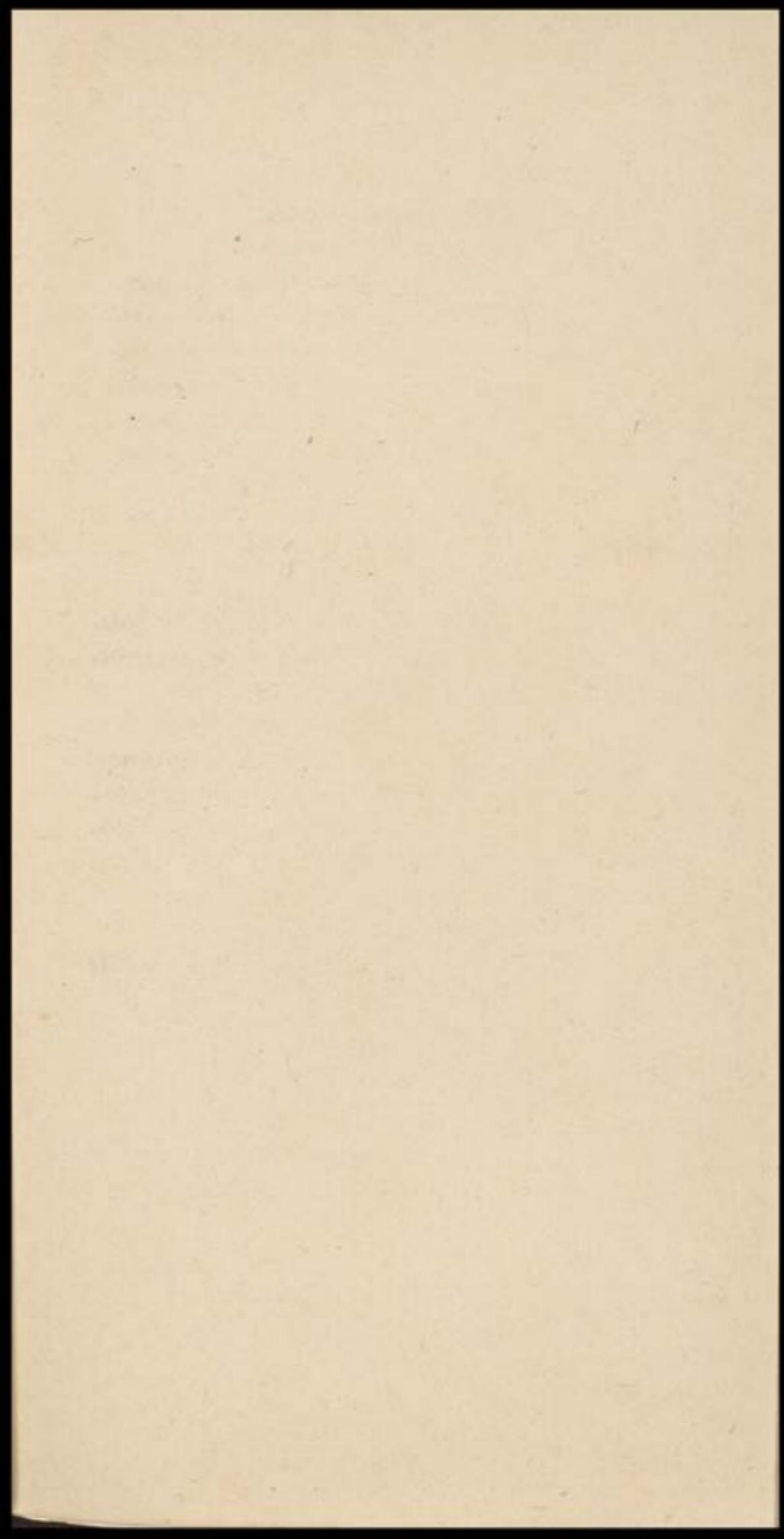
## BIBLIOTECA MIGNON

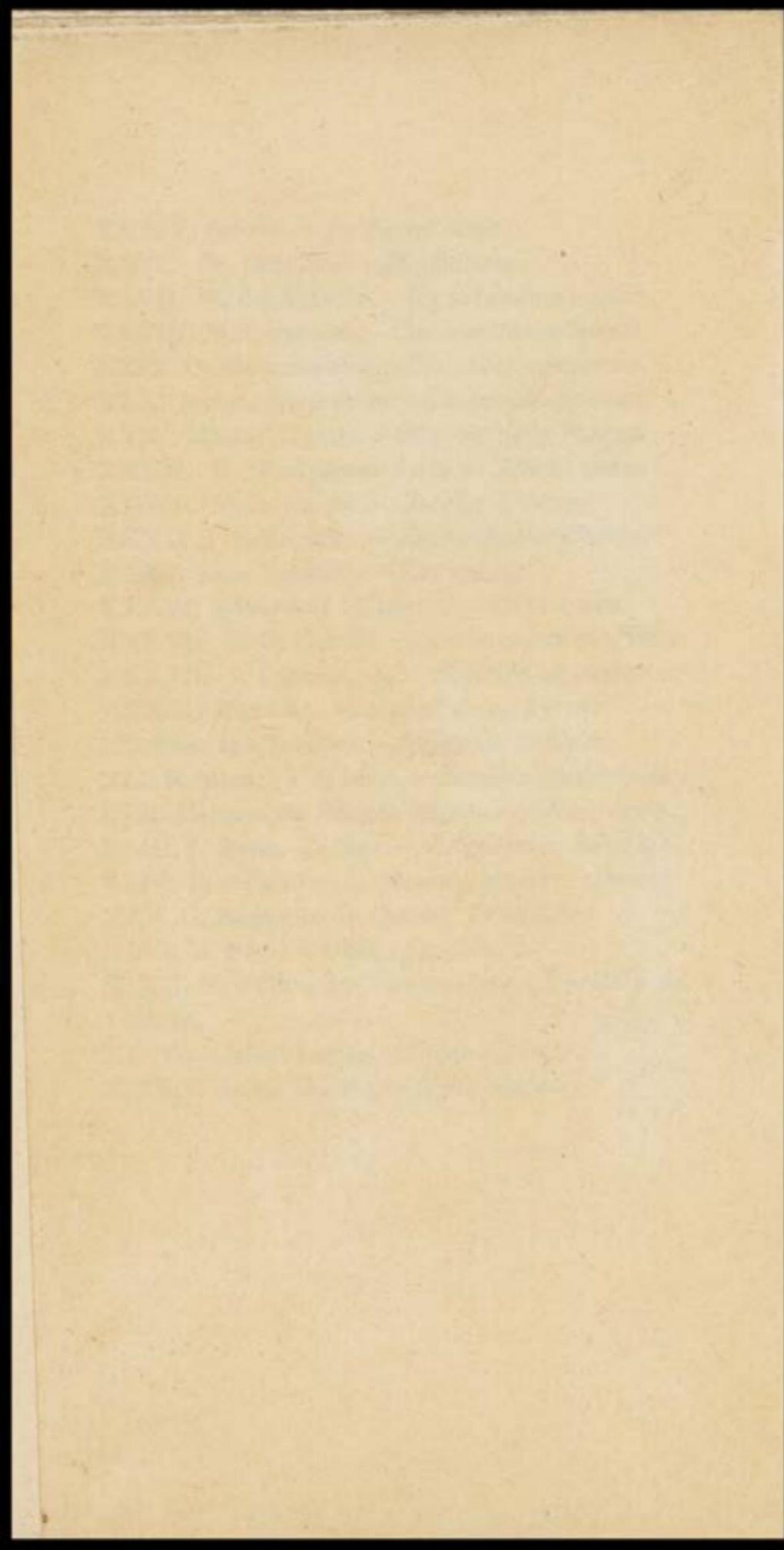
á 0,75 céntimos tomo.

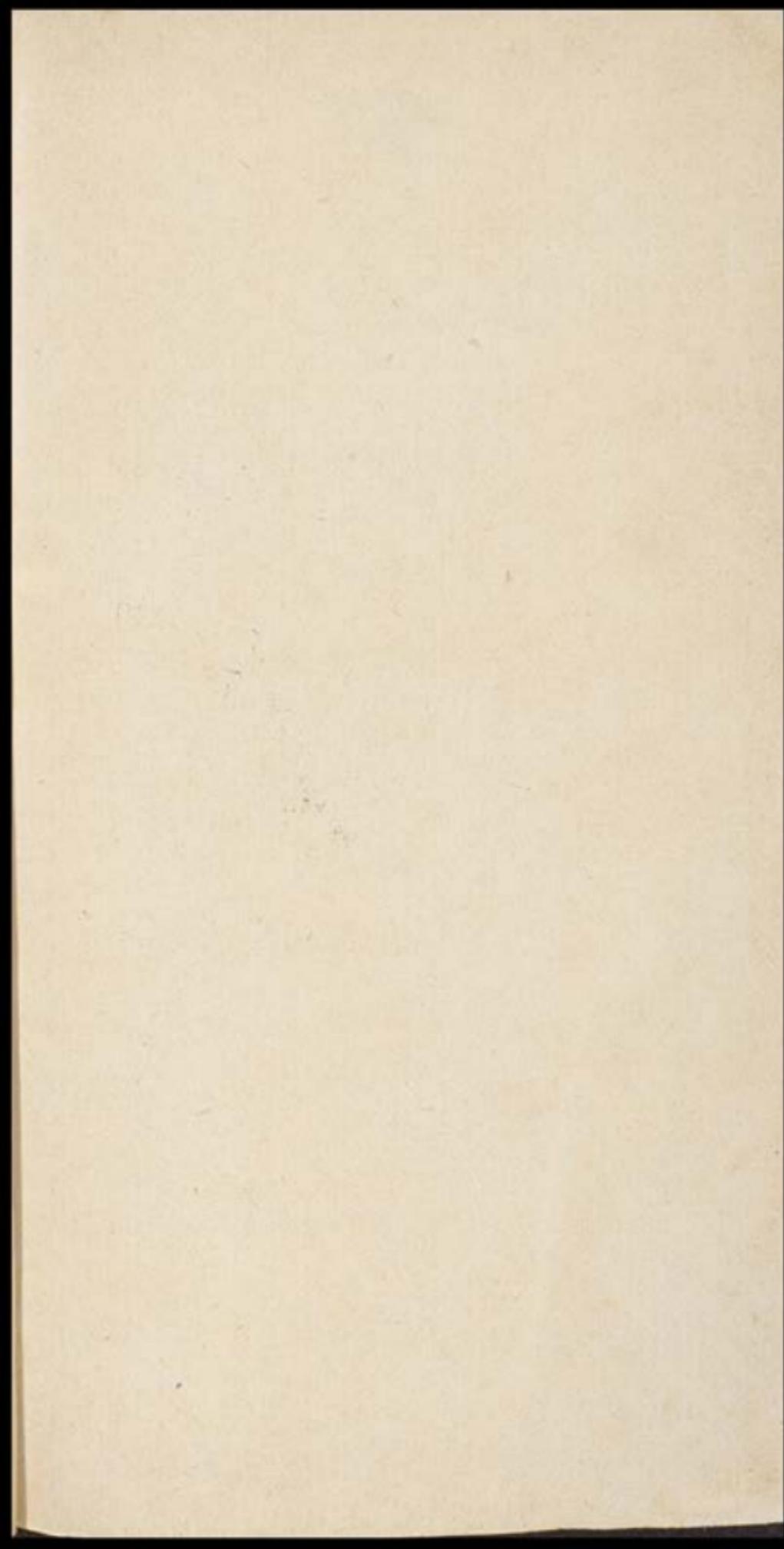
---

- I. V. Medina.—*Aires murcianos.*
- II. A. Palacio Valdés.—*¡Scio.*
- III. Clarín.—*Las dos cajas.*
- IV. Wagner.—*Historia de un músico en París.*
- V. González Serrano.—*Siluetas.*
- VI. J. Valera.—*El pájaro verde.*
- VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas.*
- VIII. J. O. Picón.—*Cuentos.*
- IX. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido.*
- X. J. O. y Munilla.—*¿Remielga.*
- XI. J. M. de Pereda.—*Paraser buen arriero...*
- XII. Alfonso Daudet.—*Una anécdota del segundo Imperio.*
- XIII. V. Blasco Ibáñez.—*La encerrada.*
- XIV. G. Martínez Sierra.—*Almas ausentes.*
- XV. E. Menéndez y Pelayo.—*A la sombra de un roble.*
- XVI. G. Núñez de Arce.—*Sancho Gil.*
- XVII. Blanca de los Ríos.—*Melita Palma.*
- XVIII. Arturo Reyes.—*Cuentos andaluces.*
- XIX. P. A. de Alarcón.—*El clavo.*
- XX. M. Tolosa Latour.—*Hombradas.*
- XXI. J. Benavente.—*Cartas de mujeres.*
- XXII. Narciso Oller.—*La bofetada.*
- XXIII. E. Marquina.—*Eglogas.*
- XXIV. P. Baroja.—*Idilios vascos.*

- XXV. F. Acebal.— *De buena cepa.*  
 XXVI. Dr. Mariscal.— *Morfinismo.*  
 XXVII. M. del Palacio.— *Un soldado de ayer.*  
 XXVIII. M. Cervantes.— *Curioso impertinente.*  
 XXIX. Dr. Calatraveño.— *Los niños quesutren.*  
 XXX. Jacinto Benavente.— *Cartas de mujeres.*  
 XXXI. Manuel Ugarte.— *Cuentos de la Pampa.*  
 XXXII. B. Rodríguez Serra.— *Idilios rotos.*  
 XXXIII. Valle-Inclán.— *Jardín umbrio.*  
 XXXIV. J. Echegaray.— *Los sueños de Colilla.*  
 XXXV. Luis Taboada.— *Los cursis.*  
 XXXVI. Eduardo L. Chavarrí.— *Armónica.*  
 XXXVII. E. G. Carrillo.— *Las mujeres de Zola.*  
 XXXVIII. J. Dicenta.— *La finca de los muertos.*  
 XXXIX. Escobar.— *Cosecha de mi tierra.*  
 XL. Santiago Rusiñol.— *Hojas de la vida.*  
 XLI. R. Blanco Fombona.— *Cuentos americanos.*  
 XLII. Carmen de Burgos Seguí.— *Alucinación.*  
 XLIII. J. Pérez Zúñiga.— *Villapelona de abajo.*  
 XLIV. José Zahonero.— *Pasos y cuentos cómicos.*  
 XLV. C. Bernaldo de Quirós.— *Peña Lara.*  
 XLVI. B. Pérez Galdós.— *Santillana.*  
 XLVII. E. Fernández Vaamonde.— *A orillas de Spree.*  
 XLVIII. Rafael Leyda.— *Tirano Amor.*  
 XLIX.— Ángel Guerra.— *Agua mansa.*









0.75 pesetas.